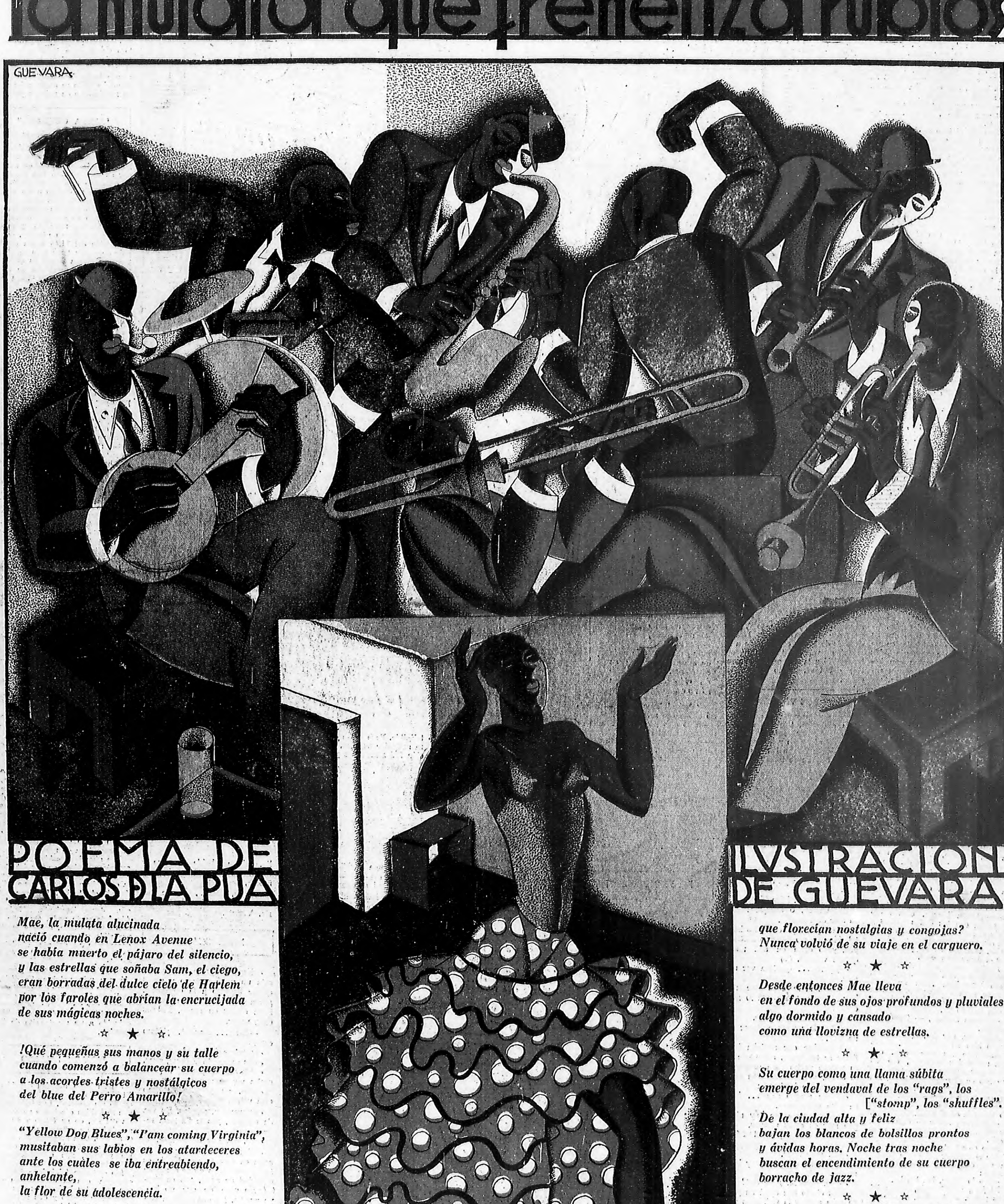
JORNADA MULTICOLOR
Mayor Circulación Sudamericana

Sección Magazine de JORNADA MULTICOLOR para toda la República, con vasto y ameno material de lectura, notas de interés universal, páginas de alta valía literaria, especialmente seleccionadas para el público argentino

Sábado 21 Nov. 1931

La mulata que frenetiza rubios



POEMA DE CARLOS DE LA PUA

ILUSTRACION DE GUEVARA

Mae, la mulata alucinada
nació cuando en Lenox Avenue
se había muerto el pájaro del silencio,
y las estrellas que soñaba Sam, el ciego,
eran borradas del dulce cielo de Harlem
por los faroles que abrían la encrucijada
de sus mágicas noches.

☆ ★ ☆

!Qué pequeñas sus manos y su talle
cuando comenzó a balancear su cuerpo
a los acordes tristes y nostálgicos
del blue del Perro Amarillo!

☆ ★ ☆

"Yellow Dog Blues", "I'am coming Virginia",
musitaban sus labios en los atardeceres
ante los cuales se iba entreabiendo,
anhelante,
la flor de su adolescencia.

☆ ★ ☆

Apenas se había distendido un poco
su bata floreada bajo el peso
de los senos breves y maravillosos,
cuando Joe la encandiló para siempre
con el gotear sangriento de su banjo brujo.

☆ ★ ☆

¿En qué arista del destino se quebró
la dichosa pulsación de Joe, el negro
de las manos lúcidas
que florecían nostalgias y congojas?
Nunca volvió de su viaje en el carguero.

☆ ★ ☆

Desde entonces Mae lleva
en el fondo de sus ojos profundos y pluviales
algo dormido y cansado
como una llovizna de estrellas.

☆ ★ ☆

Su cuerpo como una llama súbita
emerge del vendaval de los "rags", los
["stomp", los "shuffles".
De la ciudad alta y feliz
bajan los blancos de bolsillos prontos
y ávidas horas. Noche tras noche
buscan el encendimiento de su cuerpo
borracho de jazz.

☆ ★ ☆

Mae, la mulata alucinada
baila al ritmo de los cobres agridulces
y los estridentes bronces.

☆ ★ ☆

Frenetiza a los rubios con sus danzas.
Pero sus ojos permanecen distantes,
[inhumanos.
En el fondo luminoso de sus ojos
hay algo dormido y cansado
como un lento lloviznar de estrellas.

El Tren Desaparecido

por Claude Farrere

Traducido del francés por L. R. de DORFMAN



CUANDO el tren de las 11 y 45, con un sordo rugido, penetró en la estación, el jefe de ésta, Tiphaigne Hoff, agitó su linterna en el aire y gritó, por simple fuerza de la costumbre: "¡Parada!". Lo hizo efectivamente por mera costumbre, pues no había un solo pasajero en la plataforma. Con una rápida ojeada Hoff se aseguró de este hecho, que por otra parte no lo afligió mayormnte.

—Estos malditos trenes nocturnos — gruñó —. Ni un alma viviente.

Empero, el tren se detuvo. Thiphaigne Hoff, como un empleado concienzudo, procedió a verificar las señales, de miedo que algún vagón las hubiera roto. Luego caminó a lo largo del convoy, que consistía sólo de cuatro coches, un furgón de equipajes y el ténder. Alumbró con su linterna los ejes, las ruedas y los enganches. Un obrero que lo seguía golpeó con un martillo todas las ruedas para convencerse de que el metal sonaba bien. Al llegar a la locomotora Hoff se detuvo para desear "Buenas noches" al fogonero; éste le contestó agregando que hacía un frío insoportable.

—Estos condenados trenes nocturnos — respondió el jefe de estación, meneando la cabeza.

Luego, como ya habían pasado los tres minutos de parada, gritó:

—¡Tomen asiento!

LOS DOS VIAJEROS

Lo hizo también por pura fuerza de costumbre, antes de silbar. Pero en el mismo momento quedó con la boca abierta. Podría jurar que un minuto antes la plataforma estaba vacía; y, sin embargo, ahora veía en la estación a dos viajeros, como si éstos hubieran aparecido desde las entrañas de la tierra. Los forasteros, uno muy alto y el otro de estatura muy baja, esperaban el momento de entrar en el tren.

—Tomen asiento — gritó Tiphaigne Hoff con toda la fuerza de sus pulmones.

Puesto que los pasajeros no demostraban mucha prisa, dió unos cuantos pasos hacia ellos.

La pareja tenía un aspecto muy extraño.

El de poca estatura, verdaderamente muy poca, no tenía nada de extraordinario en su semblante, salvo de que parecía tener la edad del Judío Errante y de que su cabellera, según la usanza antigua, le caía en largas guedejas sobre el cuello del saco. Lo que era sumamente raro era su vestimenta, que consistía en un par de calzones cortos, ajustados en las rodillas, zapatos con hebillas y una especie de casaca anticuada con botones de plata, cuyos faldones anchos la hacían parecerse a una pollera femenina. Este atavío se completaba con un sombrero blando doblado en forma de tricornio y con un cayado con mango de oro, más alto que el hombrecito que lo sostenía con ambas manos. De toda su extraña personita se desprendía un fuerte olor a tierra.

UN ESCALOFRIO

El otro viajero, el muy alto, tenía el aspecto aun más curioso. Al verlo el jefe de la estación sintió un escalofrío. Era una figura alta y flaca, envuelta en un manto de color indefinido, que se arrastraba por el suelo y podría pasar por una mortaja. Su cabeza estaba tocada con una caperuza que dejaba al descubierto sólo sus ojos fulgurantes y su luenga barba blanca. Una mano escuálida con los dedos lívidos y finos descansaba sobre la manija del carrito de transportar los equipajes, olvidado en la plataforma por el mozo de cordel.

Decididamente estos viajeros representaban una pareja grotesca. Pero Tiphaigne Hoff no tenía tiempo para observarlos, pues la hora de la partida del 11.45 casi había pasado ya.

—Tomen asiento. — tronó con energía.

Entonces, por fin, el forastero bajito hizo un movimiento. Dobló ligeramente las rodillas y, con una agilidad asombrosa, dió un salto por encima de los peldaños y entró en el compartimiento. Sin embargo su compañero, el más alto, con larga barba blanca, seguía inmóvil sobre el andén con la mano apoyada en el carrito olvidado.

—Apúrese, señor — dijo Hoff, acercándosele, dispuesto a ayudarle.

Pero en aquel preciso momento, desde el interior del coche resonó la voz chillona y estridente del viejito:

—No lo toque, ha, ha, ha.

El jefe, despavorido, retrocedió tres pasos. El hombre, al que no se podía tocar, se encaramó en el vagón sin su ayuda, lo mejor que pudo. Más tarde Tiphaigne se acordó de haber vislumbrado entre los pliegues de su mantón, parecido a una mortaja, el fulgor de la hoja de una guadaña.

La puerta del coche se cerró y el jefe dió al fogonero la señal de partida. La máquina aulló lúgubremente; el vapor chilló en los cilindros; las ruedas se pusieron en movimiento y el tren se alejó, acelerando siempre su marcha. Pronto se lo tragó la oscuridad más allá de la estación. Por un momento el triángulo de sus luces traseras se reflejó aún en los rieles, pero luego éste también desapareció.

Hoff cambió la señal de tramo de la vía por la del peligro, de acuerdo con el reglamento 7, para asegurar el tren partido. Luego, después de haber comunicado a la estación vecina "línea libre", transmitió a la que seguía la partida del tren. Todo estaba en orden.

La pareja tenía un aspecto muy extraño. El de poca estatura, verdaderamente muy poca, no tenía nada de extraordinario en su semblante. El otro viajero, el alto, tenía una figura muy curiosa

LOS DOS VIAJEROS

Sin embargo, Tiphaigne sentía cierto malestar incomprensible. Se acercó al cajero y le preguntó:

—A dónde fueron los dos viajeros que acaban de tomar el tren?

—¿Qué viajeros, jefe? — inquirió el hombre asombrado.

—Uno alto y otro bajito que se sentaron en el 11.45.

—No he vendido un solo pasaje para este tren, señor, ni he visto un alma en la estación.

Tiphaigne Hoff lo miró con los ojos desmesuradamente abiertos, profiriendo una exclamación ininteligible. Pero antes de que pudiera articular palabra, toda la estación fué alborotada por los gritos desaforados del portero.

—Jefe, jefe — clamaba. —Venga acá. ¿Ha visto usted?...

Hoff, presuroso, acudió a su llamado, gritando:

—No aulle de este modo, hombre. ¿Qué pasa?

—Pero, por Dios, señor, mire esto.

"Esto", resultó ser el carrito para transportar equipajes. El jefe de la estación lo miró y no dijo nada, pues no sabía qué decir.

El carrito que un momento antes era un objeto hecho de metal sólido y fuerte, representaba ahora un montón de hierro desmoronado, oxidado y carcomido, como si hubiera permanecido durante siglos en el fondo del mar. Las ruedas estaban desmontadas, los soportes torcidos, el armazón hecho pedazos; todo yacía en el suelo en una masa informe y roja. Una de las manijas, la que tocó el misterioso viajero de barba blanca había desaparecido. En lugar del carrito se encontraba sólo un montoncito de polvo rojizo.

"LINEA OCUPADA"

Siempre silencioso, Hoff enjugó el sudor de su frente con la mano temblorosa. Pero de pronto por su mente cruzó una idea que le ocasionó una gran inquietud. El hombre se dirigió a las palancas que servían para controlar las señales. Un horrible presentimiento traspasó su corazón como una bala. Una vez ante la palanca, quedó petrificado de terror. Desde la partida del 11.45 había pasado más de media hora y la señal superior, dirigida desde la estación, contigua, aun mostraba su disco rojo, lo que significaba "línea ocupada".

Entonces el 11.45, que debía de haber ocupado aquella estación nueve minutos después de haber salido de ésta, aún no había llegado allí. Tiphaigne Hoff, con el corazón oprimido por la angustia, preguntó a la estación vecina: "¿Pasó por allí el último tren señalado?"

Pronto vino la siguiente respuesta:

—El último tren señalado no pasó por mi estación.

El cajero y el portero, al lado del jefe de estación, con los rostros mortalmente lívidos, leían el mensaje siniestro.

—Es un caso del "tren en peligro" — pronunció el cajero en voz baja, como si hablara en presencia de un muerto.

—No, no — gritó Tiphaigne Hoff, luchando con el horror que lo dominaba. — Le digo que no... Esto no es el "peligro", es sólo una "detención".

Pero sus nervios fallaron y, acto seguido, el jefe mandó a lo largo de toda la sección una señal que definitivamente anunciaba el desastre. La señal decía: "Tren en peligro en la línea"; de acuerdo con el reglamento se la podía dar sólo por la orden escrita del guarda del tren en cuestión. Tiphaigne lo sabía indudablemente, pero también tenía la plena certidumbre, que lo horrorizaba, que el guarda del 11.45 no estaba en condiciones para dar órdenes verbales o escritas.

GRAN ANGUSTIA

Los tres hombres, presas de angustia, esperaban impacientes. Pasaron quince minutos que se les antojaron interminables. Una locomotora de repuesto, enviada de la estación principal, corrió con un fuerte silbido. Pasaron otros quince minutos...

Luego sucedió algo fantástico e increíble, algo que ningún jefe de estación en el pasado, presente o futuro, había visto ni verá. El disco de señales se dió vuelta descubriendo la luz blanca que significa "línea libre"; al mismo tiempo la campana dió señal de la estación vecina anunciando: "pasó la locomotora de repuesto".

Era algo inconcebible... La locomotora enviada en pos del 11.45, después de éste, había pasado por la estación a la que aún no había llegado el 11.45... La línea estaba libre. No había sucedido ningún descarrilamiento. Nada... Absolutamente nada. Quedaba un sólo hecho cierto, aunque incomprensible, y era que el 11.45 no se encontraba ni delante, ni detrás de la caja de señales; el 11.45 no existía...

El jefe de estación no pronunció una sola palabra. Se dirigió hacia los escombros del carrito para llevar los equipajes y los contempló por un largo rato. Durante la última hora éstos se habían reducido a un montoncito de herrumbre.

JAMAS SE HALLO

Jamás hubo noticias del 11.45. El misterio de su desaparición quedó sin resolver. Las búsquedas que se habían efectuado en la orilla del río, en su fondo y en sus alrededores no llegaron a aclarar el asunto. Una investigación especial, y secreta, hecha con extrema reserva, fué completamente infructuosa.

Sin embargo, Tiphaigne Hoff se consuela con la observación de que entre los kilómetros dos mil trescientos cuatro y dos mil trescientos siete del trayecto el suelo que antes ha sido gris, se ha vuelto rojizo como si lo hubieran polvoreado con óxido de hierro.

Tiphaigne Hoff se tranquiliza con este hecho, pero no lo menciona jamás ante nadie, tanto como nunca habla de los dos misteriosos viajeros, ni del carrito desaparecido, ni de ninguna de las cosas que se relacionan con el extraño suceso.

El jefe de estación jamás habla del 11.45. Sólo un día, estando muy ebrio, me contó este caso a mí.

Ilustró PREMIANI

El Bañista

POR ARCADIO AVERCENKO

—Oiga... pst... j-joven... ¿No habrá por aquí algún mar?

—¿Qué mar?

—Cualquiera. Mar Negro... Mediterráneo, o aunque fuese un mar de Mármol.

—No, por aquí cerca no hay tal. Hay un río llamado Saltsapos, pero dista de acá unas quince verstas. (1)

—J-joven... quisiera ver un mar.

—Pero, si le digo que no hay ninguno. ¿Para qué lo necesita?

—Para bañarme, pues.

—Qué le vamos a hacer si no hay.

El hombre que ansiaba bañarse se tambaleó, asiéndose a su propio pecho para prevenir la caída, y pronunció con voz ronca y tono lastimero:

—Hace mucho calor... hace falta refrescarse.

—Bueno, pero no hay ningún mar en estos parajes.

—¿Queda lejos el Mar Caspio?

—Sí, muy lejos.

—¿Usted cree que estoy borracho?

—No, hombre. ¿Por qué?

—Es cierto que tomé un poco para apagar la sed, pero no estoy borracho.

—Usted perdone, pero tengo prisa para ir a casa.

— ¿A casa?... Eres un caballo... Sin embargo, quizás tenga razón... Oiga, ¿no hay en su casa algún mar? ¿Aunque sea el Mar Rojo o el de Aral?... Se fué... Que el diablo cargue con él... Me voy a bañar aquí y se acabó. ¿Dónde podría colgar mi saco? Hace falta colgarlo, pues... Acá hay un clavo.

(1) Medida rusa, algo menor que un kilómetro.

LA PROHIBICION

—Oiga, señor, ¿acaso no sabe que está prohibido desnudarse aquí?

—No. Buenos días, caballero. ¿No sabe si es profundo aquí?

—¿Dónde? Si es una calle.

—Tenga mi chaleco.

—Déjeme en paz.

—Pero, hombre, tengo que bañarme, pues. Hace falta tener mi chaleco.

—¿Qué es eso? ¿Qué está haciendo? ¿Cómo se permite desnudarse en medio de la calle?

—Ma-má... Cuánto tiempo.

—Qué va a ser mamá, hombre. Soy agente de policía.

—Y sin embargo su trato es puramente maternal... Agente, ¿dónde está mi madre?

—Es una vergüenza, señor. Aquí ni siquiera hay una casilla y usted se desnuda.

—¿No hay casilla, dices?... Pues, constrúyela. Me voy a sentar aquí y todavía no me sacaré los pantalones; mientras tanto, tú harás el edificio.

—¿Para qué voy a construir una casilla, si no hay agua? ¡Ja-ja-ja!

—Pero, amigo, no pretendo mucho, pues. Edifica una casilla, echa un balde de agua y estaré conforme. Necesito bañarme, pues.

—Pues, pues... Ya te van a enseñar "pues" en la comisaría. Vístete.

REFRESCARSE

—Espere, agente. El hombre está un poco tomado y usted quiere llevarlo a la comisaría. ¿Para qué? Permítame que lo haga entrar en razón. Buenos días, señor.

—A-ah... mamá. ¿Cómo está?

—¿Quiere bañarse?

—Es necesario bañarse, pues.

—Muy bien pensado. ¿Necesita mucha agua?

—No, un poquito. ¿Cómo está usted?

—Muy bien, gracias. En vez de bañarse, ¿no le bastaría refrescarse?

—Sí, hay que refrescarse.

—Bueno, tengo un poco de agua en este frasco. No le es indispensable verter mucha cantidad de agua, ¿no es cierto? En caso de que no haya mucha, ¿se conformaría con aspirarla?

—Sí, hace falta aspirar, pues.

—Muy bien, señor. Aspire.

—Fff... rrr... pfff... Dios mío.

—¿Qué clase de agua le dió usted?

—El amoníaco.

—Caramba. Cómo le corren las lágrimas. Ja-ja.

—¿No quiere sumergirse, eh? Téngale la cabeza.

—Ff... rrr... pff... Pero... ¿Dónde está mi saco? Agente, llámeme un coche. F-fu



Y el hombre insistía ante el guardián en que éste debía indicarle la ubicación de cualquier mar, para poderse bañar a gusto

JARABE NEGRI

EL JARABE NEGRI ES EL MAS EFICAZ GUARDIAN DE LA SALUD DE LOS NIÑOS Y LES PERMITE CRIARSE SANOS Y CONTENTOS

Insustituíble para evitar cualquier acceso de Tos en los Niños. ⋆ Actúa a la vez como Poderoso Tónico. ⋆ Más de 30 años de Exito. ⋆ Recomendado por todas las eminencias médicas.

Preparado por las Grandes Fábricas y Laboratorios Farmacéuticos Argentinos de la Droguería de la Estrella, Ltda. — Rivadavia 1501. - Buenos Aires

GUEVARA Y GÜIDA



Primeras Revelaciones de los Misteriosos Crímenes y



UN CLIENTE. — Lillian Russell, famosa beldad del teatro, cuyas joyas de precio fabuloso Billy Pinkerton protegió contra los más audaces y peligrosos ladrones.

DESPUES DE SER PUESTO EN LIBERTAD. George Bidwell, abatido, encorvado y prematuramente envejecito debido a su larga permanencia a la sombra, por falsificación

Antiguo grabado en madera, representando el proceso de Bidwell, falsificador de gran habilidad y de sus cómplices, en la Corte de los Assises, en Londres. Este proceso despertó gran sensación en Inglaterra

UNA PLUMA QUE NUNCA VACILO. Notable grabado en acero, de George Chapman, cuyo arte en el manejo de la pluma, le hizo ganar dinero ilícitamente. Era el maestro de la falsificación, a pluma en su época

LA ESPOSA DE UN FALSIFICADOR. Lydia Chapman, quien, aunque no estaba comprometida en los manejos de Chapman, sufrió la pena y la vergüenza de verlo descubierto

POR AUSTIN O'MALLEY Y KENT A. HUNTER

Exclusivo para JORNADA en la Argentina y toda la América del Sud



CUANDO Billy Pinkerton regresó de su viaje a Europa, venía equipado con una variedad de métodos extranjeros para impedir las voladuras de cajas de caudales, lo cual dió como resultado varias conferencias con jefes de grandes instituciones bancarias para buscar la manera de convertir sus bóvedas en inexpugnables. En una de estas conferencias se llegó a una importante decisión: las bóvedas debían construirse en el futuro con una caja fuerte interior.

Pero antes de que este proyecto pudiera ser puesto en ejecución se produjo una perfecta epidemia de robos a los Bancos. Primero tuvo efecto el robo al First National Bank, de Cádiz, Ohio, que ascendió a doscientos mil dólares. ¡Y las bóvedas estaban equipadas con las más modernas cerraduras francesas contra robo! Pero, como ocurre muy a menudo, los criminales se encontraban por encima de los banqueros en inventiva. Habían descubierto lo que en ese tiempo era una novedad completa en explosivos: la nitroglicerina.

NITROGLICERINA

Esta fué descubierta cociendo la dinamita y extrayendo una substancia espesa y aceitosa. Podía ser introducida en un agujero taladrado a bastante profundidad en el metal, de manera que una tapa de percusión y un fulminante hicieran estallar la carga. El poder del explosivo era terrible. No podía resistirlo ninguna puerta de bóveda. Se imponían salvaguardias más adecuadas.

Se hacía necesaria la reconstrucción de todas las cerraduras de propiedad de los clientes de Pinkerton. Estas cerraduras eran de las llamadas de tambor, manipuladas por medio de un disco exterior que hacía funcionar los discos interiores. Un simple movimiento de la manija exterior quita los cerrojos. Para proteger esta clase de cerraduras contra los explosivos se inventó un nuevo metal: el acero cromo. EL NUEVO ACERO ERA IMPENETRABLE PARA LA DINAMITA, PERO NO PARA LOS ESTETOSCOPIOS

El acero cromo, que era un secreto celosamente guardado, fué considerado invencible, pero contra cada virtud hay un vicio. Uno de los obreros de la fábrica de cerraduras empezó a vender a los ladrones los números de las combinaciones. Era algo perfecto para los ladrones; pero Pinkerton y otras personas prepararon un sistema por medio del cual el dueño de la caja podía, en media hora, cambiar la combinación, recordando de memoria las nuevas cifras y letras.

Los ladrones se vieron derrotados francamente. Pero el rey de todos ellos, Schoenbein, cuyas hábiles operaciones fueron descriptas la semana pasada, salvó la situación. Su descubrimiento fué el siguiente: que las muescas de los tambores, al moverse interiormente, producían débiles sonidos. Estos sonidos casi imperceptibles, según descubrió Schoenbein, podían ser percibidos y combinados con la ayuda de un oído fino y dedos con sensibilidad. Los fabricantes de cerraduras contraatacaron, prácticamente, eliminando el sonido. Los hábiles ladrones respondieron empleando estetoscopios médicos y osciladoras, como los pequeños sismógrafos inventados para localizar el origen de los temblores. Y así continuó locamente la batalla de las inteligencias. El resultado lógico fué la construcción de bóvedas subterráneas, enterradas hasta una profundidad de más de 100 pies. Sobre ellas se colocaba una capa de acero de 2 pulgadas de espesor que formaba una base sobre la cual se ponía una capa de concreto de 2 1|2 pies de espesor, entrelazada con barras de acero de una pulgada de grueso a intervalos de 2 pulgadas. El concreto era cubierto por una segunda capa de metal. A través de un canal abierto circulaba continuamente una corriente de agua a presión, una tremenda amenaza para los ladrones, desde que al taladrar se encontraban con un chorro constante imposible de detener.

Para que la seguridad fuera doble, se combinaron en el sistema alarmas eléctricas y de selenio contra ladrones. El selenio es un producto químico que se expande con la luz, y al ser tocado por el taladro de los ladrones se abre como una flor, toca los alambres de cobre y pone en movimiento los timbres de alarma. Al mismo tiempo se ilumina la bóveda. ¿Perfecto?

Esta super-bóveda fué la muerte de las antiguas cajas fuertes de los Bancos. Pero Pinkerton, que había tenido gran influencia en esta rama de prevención del crimen, fué aún más adelante. Combinó un sistema de alarma por medio del cual un cajero, al ser asaltado, podía tocar un botón con el pie sin que el ladrón se diera cuenta de movimiento alguno de parte de su víctima. Suena un timbre en el cuarto de los guardias armados, una luz eléctrica indica que el cajero se encuentra amenazado, mientras otros guardias cierran las puertas contra toda escapatoria. Mientras tanto, ningún sonido ha prevenido al ladrón que se encuentra vigilado.

SIN DIFERENCIA

Otro golpe más importante de Pinkerton fué el establecimiento de escuelas para la instrucción de cajeros y guardias en las grandes instituciones financieras. Se les enseñaba a reconocer las caras de los criminales por medio de fotografías y se les daba una preparación valiosa en la técnica de combatir a los ladrones. Hoy la agencia Pinkerton asegura de una manera justificada que sólo en los Bancos pequeños, cuyos aparatos de protección fueron instalados antes de 1910 ocurren robos de consideración. Aun en los pueblos pequeños se encuentran complicados aparatos contra robo, mientras el sistema de vigilancia y el uso del aeroplano y de la radio ha sido puesto en servicio de una manera efectiva para perseguir a los ladrones.

Se podría creer que existe una gran diferencia entre el robo y la falsificación, pero esta diferencia es sólo aparente. Estas son las propias palabras de Bill Pinkerton: "La falsificación va más allá de la simple escritura. Hay personalidades falsificadas, circunstancias falsificadas secuencias falsificadas y acontecimientos para engañar y estafar".

En los últimos años ha habido una gran disminución en la suerte del falsificador y según "El Ojo", la Asociación Americana de Banqueros se lleva en ello la palma. Aun así, más de $ 1.000.000.000 de dólares, según cálculos precisos, es la cantidad que se pierde anualmente en los Estados Unidos y Canadá, debido a las falsificaciones. Probablemente, tres veces esa cantidad es robada de una manera análoga en otros países.

Pero ha terminado la época del artista falsificador. ¿Dónde están esas figuras siniestras, para algunas personas y románticas para otras, tales como El Flautista de Kentucky, Becker alias "El Alegre Charlie", Jack Canter, Austin Bidwell, Adam Worth, Whiteman, Meline y Lehr? Los moralistas se alegrarán del hecho, confirmado por Pinkerton, de que el 99 por ciento de estos expertos murieron desgraciados y sumidos en la pobreza. Aunque ganaron grandes sumas por medio de sus operaciones delictuosas, muchos fueron, al final, pobres y muchos murieron víctimas de la tuberculosis.

CHARLIE BECKER

Nótese otro hecho significativo sobre el calígrafo. Una vez falsificador, siempre falsificador. Esta es la verdad acerca de este delincuente. Un ladrón puede convertirse en envenenador, un asaltante de Bancos puede convertirse en secuestrador; pero los falsificadores mueren falsificadores, cualquiera que sea el número de veces que hayan sido condenados por este delito. Mueren ya sea en la cárcel, ya sea en libertad, acabados y envejecidos.

Sin embargo, en otros días, lograron robar grandes sumas. Los chicagoenses de otra generación no podrán seguramente, olvidar fácilmente las depredaciones de Charlie Becker. La sorprendente habilidad de este hombre con la pluma le hizo amasar una gran fortuna y rodeó su vida de una cantidad de graciosas anécdotas. Es un hecho, no una leyenda, que podía falsificar un billete de $ 1.000 dólares a mano limpia, sin ninguna ayuda mecánica.

Aun más popular, como una reminiscencia del sonriente ladrón, es el incidente de "la estampilla de acuarela". Becker, como muchos otros magnates del hampa del Estado de Illinois, acostumbraban reunirse en la anticuada y decorada cantina de la Palmer House. Entraba por las puertas a la hora del coctail, se encontraba con varios de sus compinches y esas horas antes de la comida las pasaban alegremente contándose sus hazañas. Un día Becker, queriendo hacer alarde de habilidad apostó con un amigo a que con un pincel ordinario y una caja de pinturas podía falsificar una estampilla de dos centavos en un sobre ordinario y hacerla llegar a su destino por medio del correo. Se cerró la apuesta. Becker pidió los materiales y empezó a trabajar, y en medio del ruido y el humo de la cantina pintó la estampilla. La carta fué entregada al destinatario, sin que la estampilla fuera notada en el correo.

OTRO BUENO: PIPER

Escasamente menos notable en cuanto a las falsificaciones fué Piper. Bien educado y con una gran mano de artista, por el año 1869 había acumulado un millón de dólares. Antes de eso había falsificado credenciales que le permitieron llegar a entrevistarse con el emperador Maximiliano de Méjico y conquistar su confianza. Proyectaba hacer que el monarca le pagara fuertes sumas por actuar como su agente secreto. Pero el complot quedó en nada, pues los revolucionarios de Juárez se levantaron y acabaron con el reinado de Maximiliano. Más tarde los Pinkerton le echaron la mano encima por un delito de poca importancia y lo enviaron a la cárcel, en donde estuvo siete años y murió de consunción. Poco antes de su muerte reveló a "El Ojo" los secretos de sus métodos.

Jack Canter, quien pasó la mitad de sus cuarenta y dos años en Sing Sing, fué otro bribón de consecuencias. Este individuo sorprendente continuó tranquilamente sus operaciones ilegales desde su celda de la prisión. Después de alterar los registros de la prisión y de falsificar las firmas de alcaldes y de jueces y hasta la del gobernador del Estado, Canter llegó a la cúspide de su carrera de un solo golpe. Falsificó su propio perdón, lo hizo presentar y una vez que se hubo dado cumplimiento a la orden salió a la calle como si tal cosa.

Canter cayó en desgracia cuando al intentar falsificar un millón de dólares en acciones de ferrocarriles, fué sorprendido por Billy Pinkerton. Al detective le confesó todos sus métodos criminales. Después de ser puesto en libertad se encontraba tan mal de salud que nunca pudo reanudar sus actividades.

Adam Worth, cuya espeluznante carrera ha sido descripta en esta serie, trabajaba con los hermanos Bidwell en sus golpes más espectaculares. Su golpe maestro fué el robo de 102.000 libras esterlinas al Banco de Inglaterra. Los Pinkerton fueron una valiosa ayuda para Scotland Yard en este caso. La agencia se acaba de establecer en el extranjero, Austin Bidwell fué aprehendido en Cuba, gracias a los esfuerzos de "El Ojo". Pinkerton prendió personalmente al otro Bidwell y a dos cómplices en Nueva York.



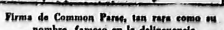
BASE DEL GENIO

¿Cuál era la base del genio de Pinkerton? ¿Qué dones le permitían capturar a los delincuentes y proteger a sus clientes de una manera tan amplia? En primer lugar, contaba con la galería más grande de fotografías de criminales en el mundo: 30.000 fotografías. También visitó y estudió los métodos de los más grandes detectives ingleses, franceses, alemanes, italianos y belgas. Ganó su confianza diciéndoles francamente que no estaba interesado en revelar los métodos policiales. Recuérdese que en aquellos tiempos los sobornos de los criminales a menudo les hacía ser inmunes contra las molestias de la policía.

Un ejemplo del talento de Billy lo da su análisis de la banda típica de falsificadores.

Hay cuatro elementos, "hombres llave", dijo él. Primero el que aporta el capital; segundo el falsificador; tercero, el agente confidencial o mediador, y, finalmente, el que presenta el documento a falsificar. Los deberes de estos "hombres llave" pueden describirse brevemente. El trabajo del que hace las veces de financista es aportar dinero en cantidad suficiente, conseguir la firma de la persona a quien se va a estafar, proporcionar cheques en blanco y vigilar toda la operación. El agente confidencial busca a un falsificador hábil, mientras que éste trabaja en secreto con sus tintas, microscopios, calibradores y otros materiales y ácidos. El presentador debe te-

Firma de E. Newell, cajero de banco de Michigan otra firma muy rara y bastante bella



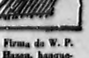
Firma de Common Parse, tan rara como su nombre, famoso en la delincuencia

Firma de W. O. Cline, publicista de la ciudad de Chicago

Firma de Hugh Harbinson, hombre de negocios de Connecticut

Firma de F. S. Watts, cajero de un gran Banco de Iowa





Firma de W. P. Hazen, banquero de Kansas

...saltos Descubiertos por la Ciencia de los PINKERTONS

...cha Grandiosa Entre los Ladrones de Cajas ...tes y los Banqueros. Vencen los Primeros ...onces se Construyen las ...VEDAS Subterráneas. Surge ...l Rey de los Falsificadores BECKER y Jack Canter que Falsificó su Propio Perdón, Saliendo de la Cárcel. EL OJO Pone Fin a su Libertad.

...lie Be... recono... por Pin... on como ...alsifica... más há... que ha ...cido. Es... una fo...afía ca... te rística ... "Holan...", nombre ...o el cual le conocía

...er encanto personal calculado ... insp...r confianza. También hay varios ayudantes de menor importancia, llamados "sombras". Si la falsificación ha resultado, el financiero toma el producto bruto y deduce los gastos. Sus ayudantes reciben de 20 a 30 por ciento, y a veces el 45.

FONDO DE RESERVA

La mayoría de estas bandas tienen abogados y fiadores contratados por anualidades, a fin de que se hagan cargo de todos los asuntos judiciales. Además, existe invariablemente un "fondo de reserva" que puede ser girado sin demora en un caso de emergencia. El sistema es m...jado tan cuidadosamente y en una forma tan complicada como el de una institución bancaria. Billy Pinkerton empleó varios años descubrendo estos misterios.

Sus reglas para combatir a los falsificadores eran expresamente claras.

"El sentido común es la más poderosa protección de los cheques" — nos dijo. "Ningún hombre o mujer inteligente paga facturas a extraños con cheques al portador. Los cobradores deben presentar sus credenciales para acreditar que verdaderamente representan a la persona o firma de quien fueron compradas las mercaderías. Manéjense los cheques como se manejaría el dinero: ambos con igual cuidado y no será tan fácil caer en las trampas de los falsificadores. Naturalmente, mientras de mayor valor sea el cheque y las operaciones envueltas, mayor debe ser el cuidado, pues mayores son también las ramificaciones del ataque criminal. EL SERVICIO DE INFORMACION SECRETA AYUDA A LOS CAJEROS DE BANCO A CONOCER LOS BUENOS, DISTINGUIENDOLOS DE LOS MALOS. Seguir la pista a los falsificadores es como tender una red para cazar pajarillos. El sistema de protección bancaria, como lo ha establecido la Agencia Pinkerton, es una gran red.

"Nuestro sistema se basa en un servicio de información que comprende a todo el país y que se envía directamente a los banqueros por correspondencia, por correo aéreo o po... te...lógrafo, según sea la urgencia de la situación. El cajero pagador es la base del sistema.

...ando Bocker se encontraba en todo ... apogeo, en el Bar de la Palme... House, en Chicago, hizo una apuesta ...e que podía pintar una estampilla en ...n sobre, de manera que no fuera notada en el correo. Bocker ganó la apuesta. El dibujante Luis Biedermann representa aquí el incidente

...A OBRA MAESTRA DE BECKER. Charlie Becker, el ...ey de los falsificadores, admitió que nunca había podido ...brepasar esta falsificación. El cheque fué escrito sobre ... llamado "papel de seguridad", perforado en ambos ex...emos por $ 12, con un perforador de cifras que hoy es anticuado. La alteración del valor produjo un litigio judi...ial en que se vieron envueltos tres bancos y que duró muchos años e interesó a todo Estados Unidos

...TIPLICACION, NO VEJACION. El valor de esté cheque fué elevado por un ...to criminal de $ 18.00 a $ 1.800.00. El cheque es del período en que los ...s empezaron a usar el estilo ahora anticuado de las cifras perforadas, la ...mera forma de protección mecánica que hicieron los banqueros de Estados Unidos

IDENTIFICACION

Mucho depende de su memoria para las caras, firmas y fechas y en su rapidez para tomar decisiones, pues deberá pagar o ...ars... a pagar los cheques cuan...o se ...s presenten en su ventanilla. Los extraños que presentan cheques deben ser ... ...cados po. alguna persona respo... ble y el ... ero está pe...ect... iente jus...icado a' ne... pa...ar cualquier che...e a un extraño que no haya sido ...ti...ado en esta forma. Por o... pa...e, ...a ne... ...a de esta ...turaleza puede r...ultar un insulto a algún hombre de negocios de reputación y a veces el retiro del Banco de cuentas que pueden llegar a cientos de miles de dólares.

"Esta responsabilidad en evitar el antagonismo de clientes nuevos o candidatos a clientes, a veces hace que el cajero se arriesgue y pague cheques sin identificación, debido simplemente a una impresión favorable creada por la ropa, las maneras o una aparente familiaridad con funcionarios del Banco u otra persona conocida del cajero.

LAS APARIENCIAS

"El estafador o falsificador experto conoce a fondo el punto de vista del cajero y lo explota con habilidad. Por ejemplo, si el cajero ve a un extraño de apariencia próspera en conversación con el presidente o el vicepresidente de su Banco y el extraño después se aproxima y le presente un cheque de una manera despreocupada, el pagador vacila en pedirle la identificación. Sin embargo, está justificado al hacerlo, y un verdadero hombre de negocios no se indignará si el cajero se la pide. Por el contrario, se formará una impresión muy favorable del Banco que así proceda.

"Al ayudar a los Bancos y a los cajeros de Banco a que aprendan a protegerse, la agencia Pinkerton ha hecho una práctica de alentar a todos los empleados de Banco que manejan dinero a que estudien cuidadosamente los folletos enviados a cada Banco cliente de la agencia, los cuales contienen fotografías y registros y hasta notas sobre las maneras de los presentadores, falsificadores y otros estafadores conocidos".

Desde los primeros días de los taladros, de las cerraduras de tiempo y de las cajas de acero, los ladrones han adoptado los aparatos científicos. El soplete de acetileno aplicado debidamente y manipulado por un operador competente, produce cerca de cinco mil unidades técnicas, suficientes para cortar metal hasta de cinco pulgadas de espesor, no sólo derritiéndolo, sino haciéndolo salir en forma de chispas. La operación del soplete de oxi-acetile no es muy superior desde el punto de vista de los ladrones, a la operación con dinamita o nitroglicerina, porque el soplete prácticamente no hace ruido.

LA TERMITA

Su desventaja consiste en la necesidad de transportar los cilindros de presión de oxígeno, necesarios para operar el soplete.

LA TERMITA ES SUPERIOR AL SOPLETE DE ACETILENO, PERO CON ELLA SE CORRE UN RIESGO TREMENDO DE DESTRUCCION.

Un método aún más moderno y efectivo, por medio del cual los ladrones operan contra cualquier caja de metal, es el de la termita. La termita es una pólvora inexplosiva la que, en combustión, rinde un calor máximo de 5.500 grados Fahrenheit, aproximadamente. Su reacción química se inicia agregando una pizca de aluminio finamente pulverizado, a la termita. El ladrón que desea cortar un agujero de un pie cuadrado en una caja de metal de un pie de espesor, sencillamente traza una línea encerrando un pie cuadrado sobre el metal, empleando para hacerlo la termita. Le agrega una pizca de aluminio y se sienta tranquilamente a esperar que la reacción química haga el trabajo de cortar. El calor generado por esta reacción química es capaz de incinerar cualquier cosa que se encuentre dentro de la caja, a menos que el operador de la termita conozca perfectamente los métodos de contrarrestar la acción química y detenerla en un punto deseado. Comparativamente, pocos ladrones de Bancos, aun hoy en día, usan la termita. Químicamente, su acción es muy poco conocida, y la dificultad en obtenerla es tan grande que pocos ladrones, a menos q... cuenten con conexiones ocultas con una firma vendedora de productos químicos, se arriesgan a ser detenidos por tratar de conseguirla.



ARTISTA Y POETA. Dibujos realizados por Mathew Brennan, conocido en todo el mundo como "Jim el calígrafo", mientras se encontraba preso en Sing Sing. Fueron enviados a su abogado, H. J. Goldsmith, en 1909, y actualmente cuelgan en un marco en las oficinas de Goldsmith, Goldblatt y Hanower, en una ciudad yanqui

Los Grandes Hechos del Próximo Relato

En el próximo capítulo de estas grandes memorias del famoso detective Billy Pinkerton, se relata el romance de una mujer de sangre real, la princesa Chimay, que se enamoró del violinista gitano Janzy Rigo, con quien huyó. Un detective de la agencia de Pinkerton da caza a la pareja en plena luna de miel. Otras notas de interés del capítulo son las siguientes: Los crímenes del médico Holmes. Los ácidos utilizados para asesinar en forma científica. Un asalto a la antigua. Robo en un tren expres en los tiempos de la intensa actuación de "El Ojo". Los maestros en el robo de las cajas de hierro. Maximiliano Schoenbein, considerado por los Pinkerton como el más hábil ladrón de bóvedas de Banco, antes de morir reveló a los detectives su técnica personal que era genial, según el mismo Billy Pinkerton, quien temía por sus clientes millonarios

Contra los Intravertidos

LA ABERRACION OPTICA DE DON QUIJOTE

¿NO oyes un eco regocijante?... Hoy, velada lustrosa de carnestolendas — la noche menos grotesca del año—, tú, evadiéndote del holgorio ingenuo de tus conciudadanos, y de la oportunidad de adiestrarte en la alegría te enclaustras en tu bohardilla enmascarándote con un rictus extravagante de tragicomedia. Tu misantropía manifiesta todos los síntomas de la áspera vulgaridad. No logra saciarte el carnaval de hoy — saldo candoroso de las bacanales paganas — y prefieres la rememoración castamente lujuriosa de tu amada. ¡Ríe!... Abandona la terquedad de tus torturas pueriles. Amplía tus pulmones, oprimidos al apoyar los brazos sobre la mesa y enceldar el cráneo entre las manos crispadas. Que así dejarás de plagiar la noche, buena en angustias, de Fígaro.

Debo sufrir, inexorablemente, estas divagaciones que mi corazón humorístico, en un juego de ventriloquia escénica, discurre con la voz íntima que los profetas añosos confundían, por equívoco místico, con la de Dios.

A la soledad de mi bohardilla, harta de amargura, se acopla el ritmo disonante de mi sollozo. Pero de improviso, sorprendiéndome, se ha abierto despaciosamente la puerta y se cuela, con apariencias de virtudes mágicas, una imagen vestida con peplo blanco y cuyas pupilas me miran sin recato y con amor.

—Ofelia amada y desdeñosa mía! — exclamo gozoso al reconocerla. — Te ha conmovido mi ascetismo en esta noche benemérita y llegas hasta aquí para indemnizar mi dolor, con tus caricias primeras y tus besos impetuosos, vehementes y sabrosos.

—Pero niño, ¿loco está? No grite tanto que pueden sospechar... Y mi único nombre es Rupertita... — me susurra al oído una voz, convenciéndome que la que entre mis brazos albergo, no es dama, sino damisela y fámula, y no viste peplo, sino camisa insinuante.

Momento angustioso, cuyo único recurso, para huir de la apremiante coyuntura, es consolarse en evocar... evocar al caballero de la figura cómica y deplorable, que en lid pro anhelos impolutos arañó aspas, confiando en gozar el paisaje triunfal de gigantes acéfalos.

...Y diluída la evocación abrí los brazos, libertando a la que contra el mío, cobijaba su cuerpo tibio, cordial y laborioso.





UNA INTERVIEW CON A. SCHOPENHAUER

DEBI tener entre mis ascendientes — fruto lejano de mi secular árbol genealógico — uno que se ocupaba en el honesto trabajo de comprar papeles viejos e inservibles. Yo, por refinado atavismo, colecciono papeles históricos. Entre ellos he tenido la rara suerte de sorprender este:

Después de una odisea descubrí — y en esto esmeré afanes de alquimista — la casa, inexplicablemente escondida, que habitaba Arturo Schopenhauer en la ciudad de Francfort. Al primer aldabonazo, abrió la puerta el filósofo en persona, vistiendo abigarrado "robe de chambre" y con la faz tan asombrada por mi presencia imprevista, que le saludé:

—Si es una indiscreción, maestro, me retiro...

Brindándome su diestra, se explicó:

Olvidáos mi turbación... Como aquí me visitan damas exclusivamente... Me invitó a entrar, y llegamos hasta una sala cromáticamente alumbrada, y aromatizada por pebeteros orientales. Mientras él llenaba de anís sendas copitas, yo examinaba su fisonomía extraña. Los ojos iluminaban profunda mirada acosadora. La frente, alta y amplia, remataba en una aflamigerada pira de cabellos. Armoniosamente sensuales eran la nariz acerada y los labios desarreglados. Cabeza impresionante que debía esconder un sortilegio. Ofreciéndome el licor, dijo el maestro:

—Estoy desacostumbrándome a tratar con los hombres. Casi todas mis palabras las dedico a las mujeres.

No creí en su sinceridad.

—¡Tenéis fama de odiar a las mujeres y huir del amor! — repliqué vociferando.

El filósofo hizo un juego de músculos faciales que construyeron — como en un rompecabezas — una sonrisa original.

—Las mujeres y el amor son para mí una religión. Pero por convicción teológica, soy ateo y me seducen las herejías...

—¿Amáis, maestro?

—¡Siempre!... Plenamente he gozado desde el amor ingenuo y pueril, hasta la exaltación morbosa. Mi vida es un laboratorio erótico. Muy profunda es mi erudición amorosa. Ya lo he expresado: "No por los libros, sino por la observación de la vida exterior, íntima, es como este asunto se ha impuesto en mí". Platón, Rousseau, Kant y Spinoza lo han tratado como adolescentes amedrentados, por ignorancia o esclavitud sentimental... — y rió a carcajadas, que terminaron en un rictus enigmático.

—Las mujeres y el amor — prosiguió — están rodeados de una aureola arcana y milagrosa. Yo he logrado iluminarme en esa embaucadora alucinación y comprendí, estudié, observé y escudriñé... Surgió entonces mi filosofía.

—Por ella los hombres llegamos a odiarnos hasta que la experiencia nos sugiere la conversión al pesimismo. Recónditamente ganáis nuestra simpatía.

—¡Es una injuria rotularme pesimista! — exlamó excitado, perturbado por mis ingenuas palabras. — Quién — continuó, desafiándome — pudo haber dicho algo más virilmente optimista sobre el amor?...

Tomó un libro de cuero azul y leyó:

—"Cada cual ama precisamente lo que le hace falta. Las largas idolatrarán a los insignificantes. Los sabios a las ignorantes. Las de mezquina cabellera a los poetas"...

—A un amigo — me permití interrumpirlo — que amaba a seis mujeres simultáneamente, le interrogué cuál era el origen de su aberración y me contestó muy airoso: "Soy un Praxiteles que necesita muchos modelos para formar su ideal afrodita de espíritu".

—Muchas monstruosidades tienen por origen selectas filosofías — comentó, y continuó leyendo. — "Mil accidentes físicos y mil deformidades morales pueden producir una desviación de la figura humana; sin embargo, el verdadero tipo humano, restablécese de nuevo en todas sus partes, gracias a este privilegiado sentido de la belleza que domina siempre, y dirige el instinto de los sexos, sin lo cual el amor no sería más que una irritante necesidad. Se ama, no por azar o vano capricho, sino por algo más trascendental y profundamente humano"...

Sonó la aldaba.

—Es una dama — me explicó el maestro, ordenándome: —Escóndase detrás de esas cortinas. Cuando ella entre, usted aléjese.

Anonadado me metí entre unas cortinas de púrpura. Espiando, vi llegar a una dama de belleza preferida que, sin sospechar mi existencia, besó con vehemente devoción las palidísimas manos de su filósofo predilecto.

DE LA MUERTE Y OTRAS VELEIDADES

ALEGRIA!... Hoy, jubilosa madrugada de primavera, chisporrotea pródiga festividad que de todas las cosas, y la naturaleza, con policromías de Arquín, se asemeja a una inmensa carcajada, conversemos sobre la muerte. Es la práctica más coquetamente seductora de los siglos, y ningún filósofo ha logrado evadirse de sus redes, librándonos de sus divagaciones lúgubres. Es el tema y el gesto más vulgar que existe, o por decir mejor, que obliga dejar de existir. Vulgaridad o canon rutinario, del que no podemos escurrirnos por más revolucionarios que pretendamos ser.

Intuición de vates románticos, la de gorjear nostálgicos a la luna. Saben que la vida, tiene una implacable enemiga en el planeta, que habitan tan onerosamente — con la venia filantrópica de sus conciudadanos — y confían en la comodidad del satélite. Sí, la Tierra nos odia, y continuamente obsequia con demostraciones visibles y palpables de aniquilamiento y exterminación: terremotos aterradores; volcanes y ciclones asoladores de pueblos; ríos que al desbordar, provocan hecatombes y otras menudencias ingratas. Nosotros los vivos, la retribuímos ahogando sus poros con las ciudades; desfigurando su faz con dilatados canales; acicalándola con caprichosos jardines, sugiriendo maliciosamente de que existe quién sabe superarla. Y además, haciéndola cosquillas con el arado infatigable. Pero el planeta posee íntegra razón de bañarnos con su copiosa antipatía. Reconozcamos que en la Tierra, somos huéspedes sin invitación. Los escrupulosos en el comportamiento social, pueden comenzar a largarse.

Yo quisiera persuadir a los hombres, con palabras corteses y gentiles, diseñadas como corazones de barajas, de que son microbios atribulados que infectan el planeta, en idéntica constitución como los bacilos de Kock, pululan por los pulmones humanos. Diferimos en que los hombres anhelamos ilusiones... Pero no pequemos de presunción. Quizás, en la serenidad lírica de los jardines pulmonares moran filósofos peripatéticos, que departen sobre Dios; discurren con erudición sobre la muerte, y construyen alguna "Crítica de la Razón Pura". Pero no temáis, los apasionados de la vida, que esté inflado el globo, no logrará aún hallar el desinfectante lo eficazmente esterilizador, como para asearse de la especie humana.

Y lo mejor que hay en la vida es la muerte. Descansamos en paz perpetua, imperecedera. El corazón finaliza su afónico repiqueteo, paralizando por virtud mágica, su inspiración ridícula. Como si Dios, por capricho espontáneo nos prefiriera, nuestros suplicios más obstinados y las obsesiones más torturantes, se disgregan y esfuman. La muerte debiera ser un privilegio de los santos y beatos: Dios, adjudícales a ellos la absoluta exclusividad.

Los reos condenados a la horca — absueltos de la vida — adeudan gratitud a sus jueces. Y es deber de gentileza, retribuir con análoga generosidad.

Un legislador griego, cuyo nombre no quiero escribir, por no dilapidar erudición o porque no le recuerdo, decretó en su época, una ley que obligaba a inmolar a los niños conformados defectuosamente, restituyéndoles la felicidad que la vida, cruel y absurda, les hurtaba. A un pequeñuelo despúntale una joroba, o una incipiente vocación por la metáfora, el legislador heleno, inexorable, arrojábalo a un precipicio.

Los más cobardes ante la muerte son los duelistas. El duelo es un prejuicio indispensable en la higiene moral de las colectividades, porque no se conoce método más cómodo, para depurarla de una coquetería social: Sus propios cultores se exterminan mútuamente.

Y ahora, lector, salta ágilmente esta confidencia frívola, fútil: Una noche resolví realizar un antiguo anhelo obsesionante. Con astuta cautela y derroche de artes maleantes, deslicé el revólver de mi inocente compañero de pieza. Me alejé hacia un bosque vecino, y bajo un árbol obeso y fragante, que manchábame con una cómplice penumbra, acomodé el caño mortal sobre mi sien turbulenta. Y con el fervor de un beso vehemente, oprimí el gatillo... Pero la bala picaresca falló. Dormía sin conciencia de su dramático papel protagonista. Se entercó en no mudar de celda. Mi mano, que alborotada por la emoción danzaba ya como un salvaje, repitió el ejercicio de gatilleo en vano. Anatematicé hasta su cuarta generación al arma infiel y burlona. Creí desahogar mi espíritu, lanzándome en una vesánica carrera, hasta que caí, inconsciente, dominado por el cansancio, los ojos humedecidos por el rocío.

Como todos los gestos trascendentales y bien intencionados de mi vida, este también feneció en grotesca bufonada.

CARICATURA

"Yo río también y muero!..."
HEINE

UNA velada de las últimas transcurridas, un señor amurriado y rebosante de tedio, llegóse hasta su biblioteca. Suspiró y tomó un libro al azar. El suspiro interpretaba su desagrado por la ingrata resolución. Como hacía frío, se apresuró a empoltronarse junto al hogar flamígero. Suspirando aún, comenzó a hojear su libro, pero pronto en su cara de hastiado surgió exótica una sonrisa que, al avanzar la lectura, prosperó en una sucesión inquietante de carcajadas.

—¿Qué humorada lees, Trifón, que festejas con tanto entusiasmo? — decretó su mujer, interrumpiendo el "crochet" confeccionado al calor de las llamas que, contorsionándose lánguidamente, se independizaban de las brasas.

Las carcajadas del interpelado se amortiguaron y palideciéndole la faz, contestó ensayando una sonrisa de apelación:

—Querida... gozo en releer "Werther", de Goethe...

Don Trifón, con la serenidad que le brindan los años numerosos, atisbó a su mujer — arcaica Carlota — y rió de las locuras de su mocedad, ingeniosamente reverberadas en la novela de Goethe, divagando que este libro elaborado exclusivamente para ancianos, es lamentablemente leído por los jóvenes. Miró las llamas danzarinas, y creyó columbrar cuerpos femeninos y núbiles, que serpenteaban vanidosos por sus largos vestidos de púrpura... Pero retornó a la realidad de las llamas que surgen caprichosamente. Meditó con nostalgia cuán arduo le es ya soñar.

No relataré el epílogo de esta anécdota, porque no simpatizo con los disturbios conyugales, pero quiero afianzar los comentarios humorísticos de Don Trifón. Porque yo también creo, ante la prueba irrefutable de "Werther", en el pícaro humorismo de su autor. En prosa recónditamente irónica, Goethe satiriza sagazmente a un joven estúpidamente enamorado, a quien su pasión, al dejarlo acéfalo de remate, inspira e induce a realizar dislates y disparates inconmensurables. Nos pinta el amor, a través del poliedro de ojos lacrimosos de erotismo: extravagancias, sandeces, demencias, payasadas... La vez primera que le leí, soñé con la resolución terminal del protagonista quejumbroso... Pero ahora que varios años se fueron, al repetir su lectura, recordando mis momentos líricamente morbosos, y reconocerme títere de la sutil caricatura, de la cruel sátira de Goethe, ahora, yo también me desahogo en sonrisas. Aquellos pasajes inquietos, que entonces me infundían la tragicómica ocurrencia de un pistoletazo que destrozara mi cráneo, son los que al releerlos hoy llenan de carcajadas mi boca...

—Sí, Ofelia, ex amada mía, la de mis versos pletóricos de ripios y emociones. "Werther" es para mí el libro más humorístico. Oye cómo río...

LA VOLUPTUOSIDAD DE LOS ASCETAS

LAS lágrimas amordazaron su audacia. El monje Podalirio se detuvo en la puerta de su celda cuotidiana, no atreviéndose a expresarle su adiós. Un rayo de la luna penetró subrepticiamente, reflejando en el muro las flores del árbol cercano, que impregnaban la celda de aroma incitante. El monje creyó ver reverberar una escena apasionada entre palomas. Y aterrado, estrujó su breviario, oprimió la cruz contra su pecho, y se alejó sigilosamente, acariciando el suelo con sus sandalias de cuero burdo. Paralizó el aliento, amortiguó los latidos de su corazón atribulado, hasta que lejos ya del monasterio tuvo fe de no ser descubierto.

Ahora que gozaba el alma, aliviada de la turbación tenebrosa que implacablemente le perseguía, evocó la vida conventual. Los claustros penumbrosos, eternamente crepusculares como las horas propicias para el amor. Los sonidos armoniosos del órgano que adentrábanse deliciosamente para rimar en diapasón con extraños deseos íntimos. Música análoga era la voz femenina y anónima, constituída de sensaciones deleitosas, y que se escuchaba desde el confesionario.

—¡No!... ¡No!... — vociferó el monje, agitando los brazos, como si pretendiera escurrir de alguna agresión ideal. — Paz anhelo para mi espíritu dedicado a Dios. ¿La hallaré en el desierto de la Tebaida, donde un hermano abnegado practica ejercicios inéditos, que fructifican en gracias de Dios?

Hacia esos parajes religiosos, encauzaba su peregrinaje clandestino el monje apesadumbrado, con la esperanza fervorosa de ganar lenitivo para su cuerpo, virtud que ennobleciera su espíritu y santidad que consagrara su beatitud.

* * *

Arduos días vagó el monje Podalirio hasta que sus sandalias, destrozadas y teñidas de sangre, oprimieron las primeras arenas del desierto de la Tebaida mística. Y otras auroras le iluminaron hasta que sus pupilas, ampliándose intensamente, confesaron la prolongada emoción que flameaba en su alma, al divisar a los ascetas solitarios y tristes...

—He llegado hasta aquí — musitó el monje Podalirio — en busca del dolor que, independizándome del error cruel, me brinde la serenidad del espíritu... — y prosternándose rogó — Aconséjame, hermano, toda la sabiduría de tu doctrina.

—¿Pretendes dolor? — contestó el asceta, elevando al cielo su mirada mortecina — le hallarás pródigo, exuberante y numeroso como las arenas que nos rodean.

—Sálvame...

—Despreciando los goces de los hombres, lograrás el dolor dichoso de los ascetas.

—Los hombres... — murmuró el fraile forastero.

—... No saben amar, — le interrumpió bruscamente el místico escuálido. — Sus pecados toscos y perversos poseen la aspereza de la ignorancia. Por soberbia nos compadecen de nuestro dolor, confiando, ingenuamente, ser los avasalladores exclusivos de la voluptuosidad...

—Y dirigía a su nuevo discípulo, al lugar donde otros ascetas ofrecían un espectáculo abrumador, al agrietar sus cuerpos mustios, en una aspiración inverosímil de tortura.

—Dolor infinito... — exclamó aterrado el monje Podalirio, dejando brotar un rosario de lágrimas.

El asceta, escondiendo una mirada de desprecio, murmuró:

—Tus palabras equivocadas están impregnadas de la necedad de los hombres... — agregó con ritmo de maestro, señalando a los torturados. — Buscan el dolor por vocación y al hallarle gozan el placer del anhelo satisfecho. Al macerar y afligir la carne, la sensibilizan extremadamente, hasta gozar las caricias tibias del aire. El cilicio, vestidura de divina crueldad, despierta, conmueve y pule los maravillosos sentidos que se ocultan en la carne y en el espíritu. Sonidos esotéricos alucinan los oídos. Los párpados transparentes permiten columbrar imágenes divinas, aureoladas por luces de fuego, y orgías de colores. Y siempre soñando con Dios... porque el alma goza con El, que exalta las sensaciones y transporta hasta el éxtasis... la más extensa culminación de voluptuosidad infinita. Aquel asceta — y señaló un ser exánime sobre unas piedras agudas — agoniza en un espasmo de placer...

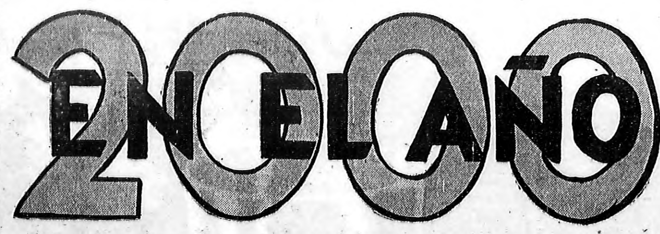
—Hermano — musitó compungido el monje Podalirio — poseo valor para el sufrimiento, pero me acobardo ante voluptuosidad tan caudalosa...

Y volvió los pasos por la senda de su infructuoso peregrinaje, salmodiando un padrenuestro, mientras ensayaba, mentalmente, las palabras que constituirían el perdón implorado a sus mayores.



POR MANUEL KIRSCHBAUM

ILUSTRO H. T. RODRIGUEZ



En el año 2000


CUANDO advertí que me suministraban bolsas de oxígeno, sentí claramente, que era preciso despedirme de la vida.

Los brazos medio insensibles, de momento en momento, eran pinchados por agujas Luer, inyectoras de aceite alcanforado, de cafeína, de esparteína, de cuanta droga estimulante registran los formularios y se venden en las farmacias. Mis ojos ya habían perdido la facultad visual y apenas una gran, una agudísima capacidad auditiva me permitía los postreros contactos con el mundo exterior.



LOS VEHICULOS SE GUIABAN POR SI SOLOS EN LOS CIELOS

Sentí que había una gran agitación en torno mío. Restos de palabras, expresiones de pena llegaban a mis oídos como ecos lejanos, simples harapos de sonidos. Sabía que la naturaleza suple la muerte de algunos sentidos con la agudeza de otros. Recordaba que los ciegos tienen un oído agudísimo; pero nunca imaginé que la vida, presta a escapar, tuviese un tan formidable poder de reacción. Eran los últimos gritos de las células que se iban a inmovilizar en sus funciones vitales; algo que recordaba los brujuleos de la lámpara falta de combustible... Mis pies estaban fríos, como si los tuviese cubiertos de hielo. Todos mis miembros acusaban una extraña insensibilidad, y apenas el cerebro, último reducto de la vida, trabajaba intensamente, como un general que quisiese reunir de nuevo sus soldados en fuga...

Quise hablar, recomendando que me inyectaran adrenalina; pero la voz murió en mi garganta. Una gran expresión de terror debe de haber iluminado, en ese momento, como un relámpago fugitivo, mis ojos, ya embozados por la muerte. Había dentro de mi espíritu una tempestad de gritos sofocados; todo un mundo de sensaciones impedidas de manifestarse.

Era imposible que no hubiesen oído, en derredor mío, ese horrible clamor de protesta, ese grito de rebeldía contra la fatalidad de la enfermedad que me iba a llevar a la nada. En el subconsciente surgió, como un fino rayo de luz, la idea de que ya no tenía voz, ni gesto, ni olfato, y de que, apenas, en los neurones, semiadormecidos, faltaban unos fragmentos de sensaciones... De repente... tuve la impresión de que me iba a dormir, al fin...

EL SUEÑO RARO

¿Cuánto tiempo duró mi sueño en los brazos de la muerte? No sé, ni lo sabré jamás. Lo que sé es que me encontré, de nuevo, en mi modesta casa de Gavea, en la cama de soltero en que reposaba después del agobiador trajín de todo el día, viendo enfermos y atendiendo a las miserias ajenas. Noté que la casa estaba desierta y completamente cerrada. Me levanté aturdido, con la impresión de que algo de extraordinario había ocurrido en mi vida. El silencio que reinaba en todo, un vago olor de moho y de ambientes confinados, me pusieron en el alma, un frío de terror. "¿Estaré muerto — pensé —, y mi espíritu habrá venido de visita a la casa de donde partió?" En ese momento, una puerta se abrió a un golpe de aire y sentí, perfectamente, que el viento chocó en mis pies. No cabía duda: era una sensación física, y yo debía estar vivo. Me levanté sin esfuerzos y busqué en el guardarropa un traje que pudiera cubrirme. Encontré, tal como lo había usado la última vez, mi viejo traje azul que tanto solía gustarme en vida. Me vestí, y después de compuesto con otras prendas del vestuario, salí a la calle con la esperanza de encontrar el tranvía de Gavea que, según mis cálculos, debía pasar dentro de tres minutos. La calle Marqués de San Vicente presentaba un aspecto completamente nuevo para mí. No había rumor alguno, ni se veían rieles de tranvía, ni aquellos torbellinos de polvareda que tanto detestaba cuando salía con mis ropas nuevas.

Raros transeuntes se deslizaban por la vía pública como si fuesen impelidos por electricidad. Eran unos seres extraños, extrañamente flacos, que pasaban delante de mí con una velocidad de tren expreso. Quise detener a una de estas personas, pero no conseguí sino golpear en el brazo de una de ellas, brazo que resonó como si fuese de acero. Esas personas me miraban con una expresión de curiosidad, como si yo fuese diferente de ellas; pero siguieron su camino, sin atenderme. Noté que no llevaban ropas como las que yo estaba acostumbrado a ver y vestía en aquel momento. Usaban una túnica de tejido metálico, que recordaba el amianto. Recordéme de las vestes griegas que yo había visto en los grabados cuando estudiaba humanidades. Mi saco azul, con el que producía sensación en las tardes del sábado en la Avenida Río Branco, estaba evidentemente dislocado entre aquellas raras vestimentas. Busqué un agente para que me dijese lo qué había acontecido y me asegurase en qué tierra estaba; pero no vi a nadie con el *cassetéte* simbólico y el uniforme de esos servidores del Estado. A la puerta de una casa, que estaba, también, revestida de metal, como las personas, vi a unos niños jugando silenciosamente. Me dirigí a ellos, pero así que me notaron, huyeron al interior de la casa. Sería, tal vez, mi ropa, tan diferente de aquellas túnicas de amianto...

OTRA BELLA VISION

A falta de un vehículo que me pudiese transportar, traté de ir, asimismo, a pie, a la ciudad.

Por el camino, fuí notando que la ciudad había cambiado casi por completo. Apenas una que otra casa era, como la mía, de estilo antiguo. Por todas partes, edificaciones nuevas, muy altas y muy limpias, con sus fachadas espejantes que brillaban al sol, como chapas metálicas. En algunas de estas casas, los criados se ocupaban en lavar todo con esponjas, a la manera de lo que, en mi tiempo, se hacía en Holanda, según leí en Ramallo Ortigón. Traté de hablar a uno de estos serviciales, pero no me entendió. Y como se encogiera de hombros, comprendí que era inútil percibir qué especie de lengua hablaba aquel animal.

Además, el espectáculo de la ciudad era simplemente maravilloso. El lago Rodrigo de Freitas estaba circundado por un caserío magnífico entre el que asomaban palacios de aspecto imponente. A la vera del lago, en muchas casas, jugaban niños soltando barcos, que navegaban de una orilla a la otra, con increíble rapidez. En el cielo pasaban innumerables vehículos de todas las formas y siempre a gran velocidad. Unos tenían la forma de torpedos gigantescos, otros eran verdaderos cilindros que llevaban en su vientre millares de personas. Había, también, aparatos para



UN SOLO SEXO PREDOMINABA EN LA HUMANIDAD CONOCIDA

una sola persona, que me hicieron recordar a las "cafeteras" del tiempo en que el automóvil era la última palabra de la vialidad. De momento a momento, cruzaban grandes pájaros metálicos, del aspecto de los Zeppelín antiguos, pero considerablemente mayores.

Lo que más me impresionaba era el silencio que reinaba en la tierra y en los aires. Eran, seguramente, aparatos muy perfeccionados, pues no hacían el ruido intenso de los aviones que yo había conocido en otros tiempos.

EL SILENCIO

Un gran apetito empezó a molestarme y no pude, por más tiempo, deleitarme ante aquellos esplendores de la nueva civilización. Apreté el paso y conseguí, después de algunas horas de recorrido, llegar a Flamengo. Allí fué donde, al fin, pude entenderme con un señor respetable, que contemplaba el mar, desde una de las nuevas amuradas que allí se habían construido. Cómo conseguí hacerme entender, sólo puedo atribuirlo a mi estrella, pues fué intentando hablar el esperanto que verifiqué ser el idioma en uso en todas partes. Yo había hecho, por diletantismo, un curso de esperanto y me imaginé que en aquel alto grado de civilización debía ser adoptado un idioma internacional.

—Caballero, — dije, esforzándome en parecer lo más amable posible, — ¿puede decirme en qué año estamos?

El hombre me miró con un gesto de asombro. Vestía una túnica de tejido de impermeable, como todo el mundo. No llevaba sombrero, ni zapatos, y su color era pálido como si hubiera pasado mucho tiempo en una estufa, sin sol y sin aire. Sus manos eran de una blancura inmaculada, y sus contornos secos, sin salientes de gordura, sin accidentes particulares. Todo el mundo se parecía, como si todos proviniesen de una misma horma. Después de encararme, como si me creyese loco, dijo:

—En el año 2000.

Debo estar muerto, seguramente — pensé para mis adentros — o sino, acabo de resucitar, pues es verdad que recordaba estar vivo, todavía, en 1930, en tiempos en que era clínico en Gavea. El hombre examinaba mis ropas con manifiesta curiosidad. Al fin habló:

UN SOLO SEXO

—Usted debe de haber vivido hace unos setenta años, ¿verdad?

—Sospecho que sí.

—Sus ropas, de lana, lo indican. Hoy ya no se usan ropas de lana: guardan mucho polvo. Son focos de microbios. Las ropas de hoy son túnicas de esta naturaleza, que usted ve: perfectamente esterilizadas, a prueba de microbios.

—Y las mujeres, ¿qué es lo que usan?

—¿Qué mujeres?

—La gente del otro sexo.

—Sólo hay un sexo en el año 2000, mi querido señor. Ni es preciso la duplicidad de sexos. Sólo servía para crear complicáciones a la humanidad, para generar riñas entre los hombres, tragedias estúpidas, dramas conyugales. La humanidad ha evolucionado. Nosotros somos criados sintéticamente, por medio de procesos químico-biológicos. La estufa ha substituído al vientre materno, y la mujer ha perdido su principal función en la tierra. La última mujer, nacida según el sistema antiguo, la hemos enterrado ayer, viejita ya... y no tenía aún ochenta años. Hoy vivimos mucho más, gracias a la resistencia de nuestro esqueleto y a las medidas que tomamos contra los microbios, los accidentes de varias especies que afligían a los hombres de otro tiempo. Sin preocupaciones de trabajo excesivo, para sustentar la familia, sin la ropa (medio de cultura microbiana), sin accidentes de automóvil, vivimos indefinidamente... Cuando ocurre que se estraga un órgano, lo substituímos, en cualquier instituto científico, por otro nuevo. ¿Quién se muere ya de diabetes? Nadie. Tenemos glándulas de Langherans por docenas.



AUTOMOVILES HUMANOS SURCABAN EL AMPLIO ESPACIO

MUY POCO TRABAJO

—¿Y la superpoblación no vendrá pronto...?

—No, porque la fabricación de los seres humanos está controlada por el Estado. Sólo debemos morir a los 200 ó 300 años de edad, y sólo se podrá fabricar un nuevo ser cuando otro haya desaparecido. Es una especie de malthusianismo mecánico...

—¿Qué hace usted por aquí, a estas horas?

—Espero a un compañero para irnos a almorzar al Japón. Son diez minutos de Pulman-Car aéreo.

—¿Y no va a trabajar?

—Nosotros, los supercivilizados, sólo trabajamos dos horas por día. Los progresos de la mecánica, las maravillas de la electricidad, han reducido a su mínima expresión el esfuerzo humano. Usted para andar, por ejemplo, de Gavea hasta aquí, emplea algunas horas. Nosotros vamos en pocos segundos gracias a las pilas eléctricas que llevamos en el bolsillo y que nos transforman en una especie de automóviles humanos. Sólo nos servimos de los vehículos aéreos para grandes distancias: Río-París, Río-Moscú, etc.

El apetito me asedió en ese momento. Pregunté a mi informante dónde podía encontrar un buen restaurante. El hombre se me rió perdidamente:

—¿Restaurante? ¿Para qué? Los hombres del año 2000 se alimentan de comprimidos químicos que encierran en pequeño volumen la multitud de cosas que ustedes ingerían otrora. ¿Para qué tanta carne, y huevos, y papas, y ensaladas de esto y aquello? Sólo se absorben ciertos elementos azoados, azúcares, lacitinas, vitaminas... Usted está ya condenado a muerte. Tiene que comer bife con papas y amar mujeres gordas, de cabellos *a la garconne*. Nada de esto existe en el año 2000...

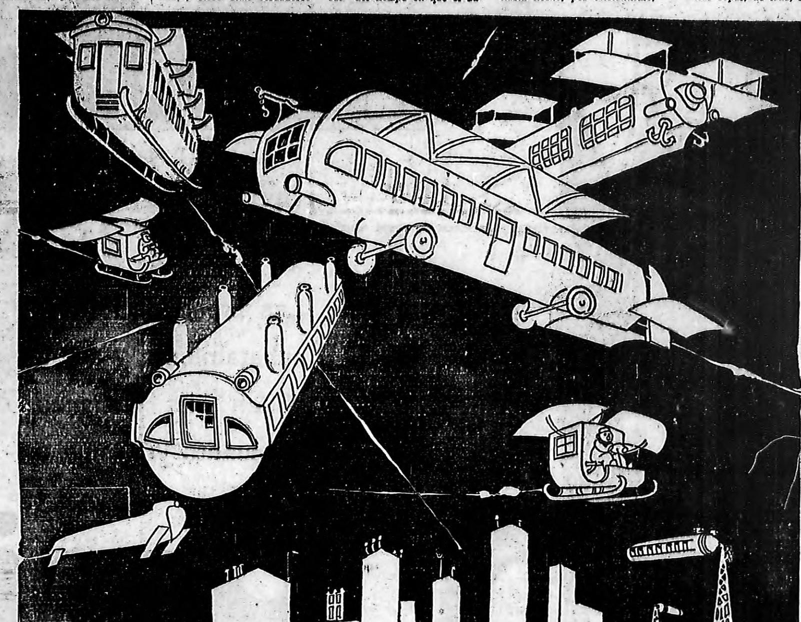
Una gran debilidad me invadió. Sentí que mis oídos zumbaban como si tuviese un enjambre de abejas.

Caí al suelo.

Cuando desperté, el criado ya me había traído el desayuno. Y nunca me pareció tan sabroso como al despertar de aquella noche de pesadillas, el pan con manteca que la señora Loló suministraba en su pensión de la calle de Cattete...



BERILO NEVES



Los progresos de la mecánica y las maravillas de la ciencia en el año 2000 habían llegado a la más absoluta perfección. El esfuerzo humano estaba reducido a su mínima expresión. Los vehículos aéreos sólo servían para alcanzar las grandes distancias, los viajes de Río de Janeiro a París, de Moscú a la capital carioca.

El Muerto Viviente • • El Rico a quien Tiraban Piedras



Una vez que se planteó en el Parlamento austriaco un debate sobre los judíos, dijo un sacerdote católico:

—Dejemos en paz a los muertos.

Al oír esto se levantó Josef S. Bloch y pidió la palabra para hacer una interpelación, a la que dió principio con la siguiente anécdota:

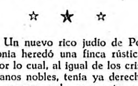
"En la última guerra greco-turca, después de una gran batalla, se hizo una lista con la relación de los muertos y se mandó que un oficial, con su compañía, los enterraran. Mientras se ocupaban en tan triste tarea, se les presentó un soldado que, aunque gravemente herido, se le había dejado tendido en tierra tomándolo por muerto, y tuvo ahora bastante vitalidad todavía para oponerse enérgicamente a que le enterraran.

El oficial de la compañía, que no salía de su asombro, le preguntó cómo se llamaba, y después de mirar en su relación de muertos le dijo:

—Es verdad; pero no sé qué hacer con usted, porque en la lista, figura entre los muertos.

Al oír esto, el soldado dió un salto y cuadrándose gritó con todas sus fuerzas:

—¡Presente!"



☆ ★ ☆

Un nuevo rico judío de Polonia heredó una finca rústica, por lo cual, al igual de los cristianos nobles, tenía ya derecho a usar un coche con cuatro caballos.

En el primer viaje que hizo desde su finca a una gran ciudad próxima, tomó consigo en el coche algunos "colonos" judíos de condición muy humilde.



El lujoso tren llamó la atención de unos cuantos chiquillos que jugaban en la carretera, los cuales, percibiendo en seguida a los barbudos judíos, empezaron a arrojarles una lluvia de piedras que causaron grandes desperfectos en el magnífico coche.

—¡Qué lástima — exclamó uno de los colonos —, no viniera de una vez el Mesías!

—¿Qué pasaría entonces? — preguntó el nuevo rico, que con la venida del Mesías no quería perder su dinero.

—Pues que se cambiarían los papeles; ellos irían en el coche y nuestros hijos detrás tirándoles piedras.

—Quita, quita — repuso el nuevo rico —, prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando.

ILUSTRO SEDITSIRA

KOLOR HISTORIETAS



COLOR PARA NIÑOS

Página 1 Magazine Cómico de JORNADA en Multicolor No. 17 Noviembre 21 de 1931

































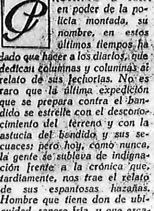


EL LAMPEAO, TERROR DEL NORTE DEL BRASIL

Nació en lo Más Intrincado del Sertao, y en Esa Región es Amo de los Bandidos Que, Como Aquél, Tienen a Precio la Vida.- Es Enjuto, Bronceado, de Ojos Chicos, con Anteojos, de Rostro Inexpresivo y no Inspira Simpatías

ILUSTRÓ * BRAVO *

En los ásperos "sertoes" del norte del Brasil, no muy lejos de Recife, más allá de Bahía, debajo de Ceará, en esa inmensa sierra desolada que mereció las páginas de Euclydes da Cunha en los "sertoes", de José Américo de Almeida en "Bagaceira" y de Rachel de Quiroz en "O'Quinze", reina dueño y señor un bandido singular, el siniestro "Lampeao". (Se pronuncia lempeón, y se traduce "farol", en español).



PROXIMO a caer en poder de la policía montada, su nombre, en estos últimos tiempos ha dado que hacer a los diarios, que dedican columnas y columnas al relato de sus fechorías. No es raro que la última expedición que se prepara contra el bandido se estrelle con el desconocimiento del terreno y con la astucia del bandido y sus secuaces; pero hoy, como nunca, la gente se subleva de indignación frente a la crónica que, tardiamente, nos trae el relato de sus espantosas hazañas. Hombre que tiene don de ubicuidad, sangre fría, y que escapa con facilidad a sus perseguidores, hace años, no se crea por eso que "Lampeao" es un tipo de bandido romántico, o, por lo menos, simpático. Es poderoso, hábil, impávido, pero ni romántico ni simpático. Ya se verá por su retrato físico y moral, de quien se trata. Puesta a precio su cabeza, muchos voluntarios atrevieronse a internarse en el paisaje hostil, cruzado de encrucijadas, laberintos, "mattos", desfiladeros, montes vírgenes, sierras desnudas en donde el bandido y su gavilla se esconden después del malón; pero no volvieron. Ultimamente, "Lampeao", más seguro que nunca de su poderío, ha señalado un jornal de tres pesos diarios a los componentes de su banda que ya deben llegar al centenar... Pero los días de su vida están contados, aparentemente. Hombres que conocen el terreno como él, se han alistado en las filas de una expedición que ya partió en su busca.

Lampeao nació en un pueblo de Alagoas, Estado del Norte del Brasil, en pleno "sertao" — ya hablamos en otra crónica de este "sertao", selva, llanura, montaña, en donde el sol es implacable, en donde la sequía suele matar vidas y haciendas, en donde los hombres crecen duros, tristes, graves, como el paisaje, fatalistas y melancólicos. Pero Lampeao no actúa en el escenario reducido de su nacimiento. El escenario de sus hazañas es la inmensa franja de tierra que va desde el Atlántico hasta las ásperas llanuras, muchos kilómetros adentro del territorio, y con un límite norte impresionante: el Amazonas y un límite sur que es la puerta sub tropical exuberante y feliz de los estados del centro.

GRAN ESCENARIO

El escenario de Lampeao pues, es diverso, magnífico, de una belleza dura de una soledad tremenda, de una inmensidad desoladora, y diversa. Pero, esencialmente, es el "sertao". Los oasis de este "sertao", pueblos de hombres pacientes y trabajadores resignados, los caminos que van de las fuentes de producción a las ferias de venta, las caravanas de viajeros, las chacras y otros puntos habitados, atraen a Lampeao y a su gente. Aún viven por ahí muchos seres en quienes quedó la huella del malón, y aldeas destruídas y granjas incendiadas.

Lampeao es escurridizo, escamoteador, tortuoso, como el paisaje en donde se desarrollara y en donde comete sus robos y sus crímenes.

Conoce el terreno como ninguno y es también rastreador, baqueano, rumbeador, como nuestros antiguos llaneros.

Se vale de hombres inferiores a él, que lo siguen ciegamente a través de todos los caminos y se conforman con la mínima parte del botín. Alienta los bajos instintos de esa gente que creció salvaje lejos de la civilización conocida. Entra a degüello, mata no sólo para inspirar terror sino para alimentar sus apetitos de fiera "sertaneja". Ni generoso ni arrepentido, cree, así lo asegura, y naturalmente, por estupidez, por degeneración, que realiza una misión religiosa, casi sagrada.

EL HOMBRE

Enjuto, bronceado, de ojos pequeños, con anteojos, sin barba, rostro seco, inexpresivo, cabellos descoloridos bajo un sombrero "sertanejo", un sombrero singular, tejido, de tripa o paja, de forma ligeramente napoleónica, pero con barbijo, y un equipo completo de vaquero nordestino, pantalones y botas para eludir los erizados mattos, un equipo nada suntuoso ni realmente llamativo, vistoso, sinó pobre y nada artístico. Lampeao no inspira físicamente, simpatía, pero tampoco asco. Moralmente, es otra cosa.

Olvidemos a nuestros montoneros; olvidemos a los bandidos clásicos; olvidemos a Diego Corrientes que robaba a los ricos para dar a los pobres; olvidemos a los asaltantes cow - boys de las películas yanquis, a los héroes de la picaresca y del relato californiano de O. Henry o Bret Harte, olvidemos a todo bandido conocido y clasificado por el romance: Lampeao es otro tipo de bandido.

Lampeao, si nos permiten, es un bandido reaccionario, y asqueroso. Mata, roba, incendia, asalta, mutila y viola, con su gavilla, pero no es personalmente valeroso, ni heroico, ni generoso, ni comprensión, ni tiene conciencia del mal que hace. Se vale de hombres inferiores a él. Conoce el terreno en donde actúa: por eso vive libre. Es católico, de un catolicismo primario y salvaje: a las mujeres que encuentra en sus andanzas, si usan melena, les marca la cara con un barbijo en forma de herradura... Más de veinte mujeres han aparecido ya, en pueblos de los alrededores de Bahía, con la cara marcada.

En los calveros de la selva, reune a sus hombres y se entrega a largas borracheras de caña, pero no es, como los bandidos andariegos, cantor ni ducho jugador de cartas ni entretenido anecdotista.

No es el dinero, verdaderamente, su afán principal. Es el mal, en sí, y la necesidad de comer y de beber y de poseer mujeres.

Estúpido, ha posado para el fotógrafo audaz que hizo previamente el elogio de su heroísmo.

LAS "HAZAÑAS"

Escondido en un lugar estratégico, rodeado de fieras, a salvo de cualquier sorpresa, con vigías ubicados en los alrededores, y desfiladeros y montes favorables a la huida y a la defensa imprevista, Lampeao y su gavilla traman las incursiones a los lugares poblados o el atraco al vaquero o al recaudador desprevenido.

Hay quien asegura que, en los pueblos indefensos, aislados, de Recife, Bahía, Alagoas, Goyaz, Lampeao tiene espías que le avisan hacia dónde irá a buscarlo la policía y, de paso, aguardan la oportunidad para llamarlo a un provechoso y fácil malón.

Estas incursiones son bárbaras: entra a degüello, roba dinero y hacienda, incendia ranchos, viola mujeres, mutila.

Inútil perseguirlo. Lampeao ya estará lejos, oculto y será peligroso acercarse a él. Ha "madrugado", ha ido delante, preparando la defensiva, con astucia de fiera.

Un tendal de víctimas, bolsas vacías, caras señaladas, queda en los lugares que atraviesa en su marcha hacia el rincón seguro que acoja su cobardía.

Pero muchas personas lo han visto rezar, arrodillarse, frente a las pequeñas iglesias de esas aldeas que acaba de despojar...

Río, 10 de noviembre.

Raúl González Tuñón

LOS ENTROMETIDOS...

BURTIS

Don Vocabulario era tan comedido, que el día que vió caer una manguera de un grifo, se puso a arrollarla, creyendo que los bomberos la habían dejado olvidada

(Por Burtis)



















LOS LIOS DE DEDALITO Y SPAGUETTI

por SEGAR





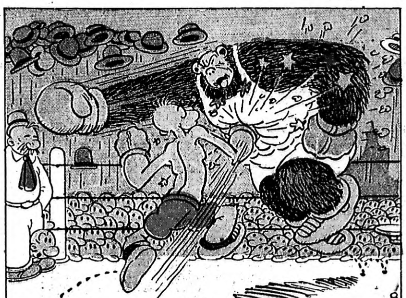


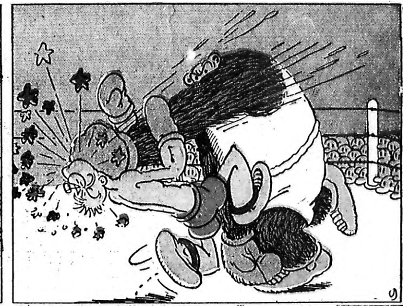


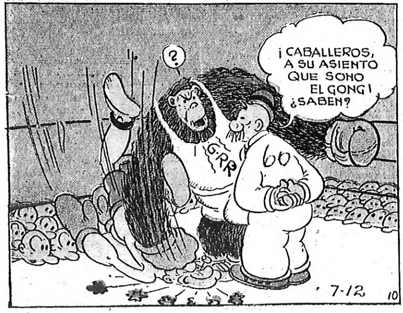




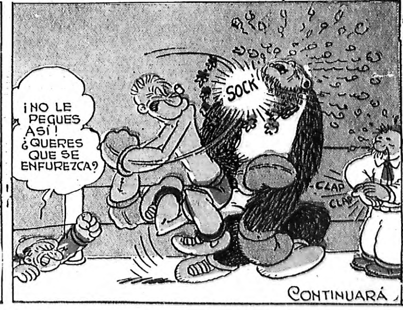












CONTINUARÁ



A la mañana siguiente el rey llamó a Surro Sanke y le dijo: "Vete por el camino a casa del cacique y dile que venga en seguida a verme". Surro Sanke contestó: "Esta bien"

UN HOM

CUENTO AFRICANO

UN hombre de Kaarta se había hecho amigo del hijo de un rey. Fueron muy buenos amigos, hasta que un día murió el rey y su hijo se hizo rey. Entonces se acabó la amistad y el joven rey trató de deshacerse del antiguo amigo. El rey le persiguió por todos estilos, pero sin conseguir acabar con Surro Sanke. Surro Sanke dijo: "Es muy sencillo. Tú quieres matarme. Puedes matarme, primero, si me ves celoso, es decir, si me sorprendes con celos de mi mujer. Puedes matarme, segundo, si miento o digo algo que no sea verdad. En tercer lugar, puedes matarme si pruebas que he sido cobarde." El rey dijo: "Bien; así será."

El rey tomó en seguida sus medidas. Llamó a un cacique cuyo pueblo estaba a un día de distancia, y le dijo: "Mañana por la mañana te enviaré a Surro Sanke, que te dirá que vengas a verme en seguida. Dile que sí y ensilla tu caballo; déjale que marche delante, diciéndole que a caballo le alcanzarás. Cuando se marche, desensilla y no vengas. Surro Sanke llegará y me dirá que tu vienes y eso será una mentira." El reyezuelo dijo: "Así lo hare"

El rey llamó a cien soldados y dijo: "Mañana enviaré a Surro Sanke por tal camino en busca de aquel cacique. Llevad pólvora en abundancia, pero sin balas. Cuando Surro Sanke venga por el camino, sin sospechar nada, disparad sobre él con pólvora, pero no con balas, para que se asuste." Los cien soldados dijeron: "Así lo haremos."

CON 3 MUJERES

Luego el rey mandó llamar a tres hombres y les dijo: "Mañana por la mañana enviaré a Surro Sanke a casa de tal cacique. Surro Sanke tiene tres mujeres. Después que se marche id cada uno en busca de las mujeres de Surro Sanke y acostaos con ella. Tenéis que estar con una de las tres mujeres de Surro Sanke hasta que éste llegue. Entonces procurad que Surro Sanke os vea en actitud conveniente con sus mujeres. De este modo Surro Sanke tendrá celos." Los tres hombres dijeron: "Así lo haremos." A la mañana siguiente, el rey llamó a Surro Sanke y le dijo: "Vete por tal camino a casa de aquel cacique y dile que venga en seguida a verme." Surro Sanke dijo: "Está bien." Se puso en camino. Cuando llevaba un trecho andado, empezaron a disparar sobre él con pólvora los soldados desde el sitio en que se habían escondido. Llevaba consigo un arco y tres flechas. Al divisar un hombre, metió en el arco una flecha y mató a uno; luego mató a un segundo soldado y a un tercero. Los demás sintieron miedo y volvieron a la ciudad. Los noventisiete se fueron a ver al rey y dijeron: Surro Sanke ha matado a tres de nosotros. No se asustó cuando disparamos. Podrás matarle, pero no meterle miedo.

Entre tanto, Surro Sanke llegó a casa del cacique y dijo: "El rey ordena que vayas a verle en seguida." El cacique dijo: "Así se hará." Ensilló su caballo. Puso un pie en el estribó derecho, pero antes de poner el otro pie en el estribo dijo: "Vete tú delante; tú vas a pie y yo a caballo; te alcanzaré en seguida." Surro Sanke dijo: "Está bien." Se puso en camino. El cacique volvió a desmontar, mandó que desensillasen el caballo y se quedó en casa. Surro Sanke llegó donde estaba el rey. El rey preguntó: "¿Vendrá el cacique?" Surro Sanke dijo: "No lo sé." El rey dijo: "¿Cómo que no lo sabes? ¿No has dado bien mi encargo?" Surro Sanke dijo: "Sin duda lo he dado bien. Pero no puedo saber si vendrá realmente. Si pone el pie izquierdo en el estribo como tenía puesto el derecho, acaso venga; yo sólo lo vi montado a medias." El rey dijo: "Si es así, vete a tu casa."

Surro Sanke se fué a su casa. Llegó a casa de su primera mujer, abrió y vió junto a ella un hombre que justamente se ponía los pantalones. Cerró tranquilamente la puerta y se fué a casa de la segunda mujer. En el momento de abrir, salió un hombre que se puso en cuclillas.

Luego cerró también esta puerta, se fué a casa de la tercera mujer y abrió. Pero en el momento de entrar, su frente tropezó con la de otro hombre que justamente salía. Cerró tranquilamente también esta puerta.

QUERIAN MARCHAR

Se puso en mitad del patio y llamó: "¿Me ha hecho alguien de comer? Decidme dónde esta mi parte". A esto salieron las tres mujeres con las calabazas llenas de comida; con cada una de ellas venía un galán. Los tres hombres querían irse, pero Surro Sanke les dijo: "No podéis iros así. Esperó que mis mujeres hayan puesto comida bastante para nosotros cuatro. Quedaos a comer conmigo." Los tres hombres se lavaron las manos y se sentaron a la mesa. Se pusieron a comer los cuatro juntos.

Cuando los tres hombres iban a irse, dijo Surro Sanke: "Esperad; yo os acompaño." Los acompañó hasta la puerta y después hasta el sitio en que se encontraban los tres caminos. Surro Sanke les dió a todos rapé y algunas nueces de kola para entretenerse en el camino. Les estrechó la mano y se volvió a su casa. Los tres hombres fueron a ver al rey y le dijeron: "Puedes matar a ese Surro Sanke, pero no darle celos." Al día siguiente, el rey mandó llamar a las tres mujeres de Surro Sanke y les preguntó: "Os ha reñido vuestro marido Surro Sanke porque ayer había tres hombres con vosotras?" Las tres mujeres dijeron: No, no nos ha dicho ni nos ha hecho nada." El rey di-

* * * * * *

El Diablo Goloso

cuento chino

EN Zsian Su vivía un hombre casado, llamado Li, que llevaba una vida conyugal ejemplar.

A la edad de cuarenta años Li murió repentinamente, dejando a su esposa desesperada. Cuando lo pusieron en el ataúd, la viuda desconsolada no dejó que clavaran la tapa de éste. Se pasaba los días junto al cajón, llorando a lágrima viva. Al anochecer y a la madrugada, cuando, de acuerdo con el rito, debía dejar de llorar, la mujer se acercaba al féretro y, alzando la tapa de éste, contemplaba durante un largo rato el cadáver de su marido.

Los habitantes de Zian-Su creían firmemente que, en la séptima noche después de la muerte de un ser humano, a la vivienda de éste viene un mensajero del infierno a buscar el alma del difunto. Por eso, cuando llegó la séptima noche después del deceso de Li, nadie quiso permanecer en la casa de aquel.

La viuda de Li, después de haber llevado a sus hijos a la habitación más lejana de la casa, se quedó sola cerca del ataúd de su esposo, escondida detrás de la cortina de la alcoba.

A eso de la media noche una brisa glacial llenó la pieza, llegando casi a apagar las lámparas que allí ardían.

ENTRA EL DIABLO

Acto seguido, por la ventana, penetró un diablo de enormes dimensiones, pelirrojo y con los ojos saltones, encendidos como brasas. En una mano llevaba una horquilla de hierro y en la otra una soga, destinada para maniatar al difunto.

Con paso resuelto se acercó el huésped infernal al féretro. En eso vió al lado del cajón una mesita llena de exquisitos manjares. El demonio goloso arrojó inmediatamente al suelo la horquilla y la soga y, abalanzándose sobre la mesa, se puso a devorar con avidez las comidas y a beber en abundancia los vinos allí puestos.

Entretanto el alma de Li, trémula y quejumbrosa, vagaba a tientas por la habitación, palpando los muebles.

De esta manera, topó contra la alcoba. La viuda allí escondida la tomó en los brazos, sollozando amargamente.

El alma de Li estaba fría como el hielo. La mujer apresuróse a envolverla en una frazada, para esconderla de los ojos del diablo pelirrojo.

Este, después de haberse atragantado hasta más no poder, se puso a buscar el alma del difunto.

La esposa de éste llamó a viva voz a sus hijos. El mensajero infernal, asustado por sus gritos, huyó despavorido, dejando su horquilla.

REANIMADO

La mujer, secundada por sus hijos, puso en el ataúd el alma de su marido, envuelta en la frazada. El cadáver, inmediatamente, recobró la vida. Entonces la esposa y los hijos de Li lo sacaron del féretro, lo acostaron en la cama y le dieron a beber una copa de aguardiente de arroz. Hacia el amanecer el hombre se reanimó por completo.

Los vecinos del resucitado, que acudieron en tropel a la casa de éste a la mañana siguiente, observaban con curiosidad la horquilla que en su precipitada fuga había dejado el diablo. Era una de las horquillas que suelen usarse para quemar papel moneda, en homenaje a los muertos.

Desde entonces los esposos prosiguieron por espacio de veinte años su plácida y feliz vida matrimonial.

Un día, teniendo ya cerca de sesenta años de edad, la mujer fué a rezar al templo del dios patrono de la ciudad de Zsian-Su. Por el camino se encontró con dos soldados que llevaban a un diablo pelirrojo encadenado. La mujer reconoció en el acto al demonio que, en una noche lejana, había venido a buscar el alma de su marido.

El genio del mal, que a su vez había reconocido a la anciana, le dijo:

—Aquella vez me has engañado. Caí en la trampa debido a mi voracidad. Estoy espiando mi error durante veinte años. Pero hoy llegó mi turno para castigarte debidamente y me voy a resarcir.

La mujer volvió a su casa meditabunda. La noche del mismo día murió, y el demonio, años atrás engañado por ella, vino a buscar su alma, radiante de júbilo.



Se escondió la viuda y pudo ver que el diablo entraba en la pieza por una ventana. Era un diablo de enormes dimensiones, pelirrojo, con enormes ojos saltones, en una mano llevaba una orquilla de hierro y en la otra una soga, destinada para maniatar al difunto marido

...MBRE DE CARACTER



jo: "No se le pueden dar celos.

NO ERES CELOSO

El rey mandó llamar a Surro Sanke. Cuando vino, le dijo: "Has hablado con verdad; no tienes miedo, no eres celoso y no mientes". Surro Sanke dijo: "Te lo puedo explicar".

Surro Sanke dijo: "Estuve una vez en la guerra. Hacía mucho calor. Entramos batalla. Cayeron todos mis camaradas. Quedé yo solo. Tenía una sed espantosa. Me parecía que iba a morirme de sed. Llegué a un lago en que había caimanes y más caimanes. Estaba completamente lleno de caimanes. Pensé que si al pasar podía coger un poco de agua en la mano me salvaría. Lo probé. Pero un caimán grande, de un coletazo me tiró al agua. En seguida vinieron todos los caimanes a dar coletazos y morderme. Pero el que me había pegado primero me puso debajo de su cuerpo y me protegió contra los otros. Luego me llevó a su cueva, que estaba bajo tierra. Me quedé en la cueva. El caimán se marchó. A la entrada de la cueva había caimanes. Yo no sabía cómo salir. En esto entró por encima una manada de grandes antílopes. Uno de ellos hizo con la pata un agujero en el suelo. Entró la luz del sol, y vi que el techo que me cubría era muy delgado. Ensanché el agujero y salí. Desde ese día no he vuelto a tener miedo." Surro Sanke dijo: "Un día salí con buenos compañeros a caza de botín. Éramos treinta. Nos pasamos tres meses sin hacer ni una sola presa. Todo nos salía mal. Pasamos tres meses en la estepa sin ver una mujer. Un día nos apoderamos de una mujer, y, ansiosos como estábamos, estuvimos con ella los treinta, uno detrás de otro. Así pasamos otros tres meses. Durante este tiempo, uno de nosotros se acostaba con la mujer cada noche. Después con... nos atrapar... segunda mujer. Decidimos que cada quince tendríamos una mujer. Se lo dijimos a las mujeres. Las dos mujeres fueron por agua. La mujer que llevaba tres meses con nosotros tiró al pozo a la mujer nueva. Dijo: "¡No voy a dormir ahora más que con 15 hombres! No lo soportaré." Desde ese día no tengo celos.

Y Surro Sanke, desesperado por la sed, entró en las aguas de un lago lleno de caimanes. Uno de ellos le pegó un coletazo y lo arrojó en medio de los demás caimanes. Empero, el que le había pegado el coletazo lo protegió con su cuerpo de una muerte segura, pues numerosos caimanes se acercaron y hasta lo mordieron. El que lo había salvado lo llevó a su cueva bajo la tierra. Esperó con tranquilidad el momento de huir hasta que llegaron unos antílopes enormes

UNA CALAVERA

Surro Sanke dijo: "Un día iba yo caminando. A bastante distancia del pueblo encontré una calavera de hombre tirada en el suelo. Pregunté: "¿Cómo viene a parar tan lejos del pueblo esa calavera." La calavera dijo: "Por hablar demasiado." Yo dije: "¿Por qué?" La calavera dijo: "Por hablar demasiado." Tres veces me habló la calavera. Seguí mi camino. Llegué al pueblo cercano. Le conté al jefe del pueblo: "Entre tu pueblo y el anterior, hay una calavera que habla." El jefe del pueblo me dijo: "Mientes." Yo dije: "No, digo la verdad." El jefe del pueblo dijo: "Mientes." Yo dije: "No, no miento, y, si no lo crees, dame tres hombres. Se la enseñaré y podrán oírla." El jefe del pueblo dijo: "Bien; que vayan contigo dos hombres. Si es verdad que la calavera habla, está bien. Si no, que te corten la cabeza por embustero." Me fuí con los dos hombres. Cuando llegamos a la calavera, le pregunté: "¿Por qué estás aquí?" La calavera no respondió. Le pregunté tres veces, pero no respondía. Entonces los dos hombres me ataron como les habían mandado, y uno de ellos levantaba ya el sable para cortarme la cabeza. Yo dije: "¿Por qué has hablado ayer y por qué no hablas hoy?" La calavera dijo: "¡Uda, uda!" (¡la boca, la boca!") Los hombres dijeron: "Ahora ha hablado" Me desataron. Me llevaron al jefe del pueblo y dijeron: "Es verdad, la calavera habla." Desde entonces digo: "De los dos agujeros del cuerpo por donde sale lo malo, el más peligroso es la boca." Y desde entonces no miento. El rey dijo: "Está bien; no te puedo matar."

Surro Sanke dijo: "Hay un medio de matarme. Tengo tres pelos en la cabeza. Si averiguas cómo se llaman esos tres pelos, podrás matarme." El rey dijo: "Está bien."

QUEDO INCOMODADO

El rey estaba tan incomodado por no haber podido matar a Surro Sanke, que decidió descubrir el misterio de los tres pelos de Surro Sanke por todos los medios. Mandó llamar a la primera mujer de Surro Sanke y dijo: "Eres mujer de un hombre que no es rico. Si me dices cómo se llaman los tres pelos de tu marido, me caso contigo y te regalo muchas vacas." La mujer dijo: "No te lo puedo decir, porque no lo sé." El rey llamó a la segunda mujer y le dijo: "Eres mujer de un hombre que no es rico. Me caso contigo y te hago rica, pero tienes que decirme el nombre de los tres pelos de tu marido." La mujer dijo: "Soy la favorita de mi marido. Mi marido me quiere más que a las otras mujeres. No puedo decirlo." El rey dijo: "Te regalaré ganado y alhajas." La mujer dijo: "¿Te casarías conmigo?" El rey dijo: "Haré todo lo que tú quieras." La mujer dijo: "El pelo del lado derecho se llama Validi-tegue-mogo-dinye (lo que quiere decir: Ni el hijo de un amigo puede reemplazar a tu hijo). El pelo del lado izquierdo se llama Kani-kono-fo-musue (no les cuentes nada a las mujeres). El pelo grueso del medio se llama Kekorro-ba-kanyi-kafula (conviene que esté presente un hombre de edad). Así se llaman los tres pelos de mi marido."

Al saber esto, el rey se puso muy contento, y dijo a los suyos: "Que venga Surro Sanke." Surro estaba trabajando sin abrigo encima. Al lado estaba un chico que había traído al matrimonio una de sus mujeres. Con la prisa, Surro Sanke tomó su abrigo, que era pequeño y corto, y fué a ver al rey. El rey le dijo de un tirón: "El pelo del lado derecho se llama Validi-tegue-mogo-dinye. El pelo del lado izquierdo se llama Kani-kono-fo-musue. El pelo grueso del medio se llama Kekorro-ba-kanyi-kafula. ¿No es así? Surro Sanke dijo: "Ya puedes matarme."

Le sacaron de allí. El verdugo iba junto a él con la espada. El rey iba detrás de él. En esto llegó el hijastro de Surro Sanke y empezó a gritar: "¡Mi abrigo, mi abrigo! Me lo van a llenar de sangre." El chico no se preocupaba de que iban a matar a su padre; no pensaba más que en su abrigo. El hijo legítimo de Surro Sanke llegó corriendo y gritando: "¡Pobre padre mío, pobre padre mío! Toma mi abrigo para tu último camino. ¡Padre mío, mi pobre padre!" Cambiaron los abrigos, y en vez del abrigo corto del hijastro, le dieron al padre el abrigo largo del hijo legítimo.

Llegaron. Surro Sanke se arrodilló. El verdugo levantó el sable. Surro Sanke bajó la cabeza. En esto llegó un viejo, arrastrándose de rodillas y le dijo a Surro Sanke: "Da recuerdos a mi padre; da recuerdos a mi madre." Al ver esto, el rey dijo: "¿Conque vas a llevar allá arriba una embajada sobre mí y sobre mi vida? ¿Queréis quejaros sobre mí los dos? Entonces, no consiento que maten a este hombre." Desataron a Surro Sanke.

El rey preguntó: "Dime ahora lo que quieren decir los nombres de tus tres pelos." Surro Sanke dijo: "Has visto que mi hijastro se preocupaba de su abrigo sin pensar en mí. Ahí tienes el sentido del pelo derecho. Has averiguado cómo se llamaban los pelos por la mujer que yo más quería. Ahí tienes el sentido del pelo izquierdo. Si no hubiera estado aquí ese viejo, me hubieras matado. Ahí tienes el sentido del pelo que está en el medio de mi cabeza."

Ilustró PREMIANI











LOS CEBOLLITAS Y EL CAPITAN

por Dirks



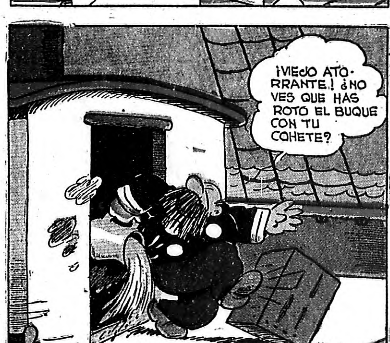
EL ROBINSON DESPLUMADO, A PESAR DE HABER PERDIDO TODO SU ORO, CREE QUE ESTA ENTRE CABALLEROS, PERO ES MUY POSIBLE QUE A PATIPALO Y LOS SUYOS, SE LES ACABE EL TABACO. ¡VEAN EL HORIZONTE!





¡YO NO SOY BUENA MOZA, YO NO SOY BUENA MOZA, NI LO QUIERO SER!

SZZWISHH





¡TRAIDOR, INFAME! ¿CREES ACASO QUE LA ISLA ES LA ESPALDA DE UN HOMBRE DECENTE?

¡QUIEN ME MANDÓ, SEÑOR, A SALIR A "RODAR" AGUA CON ESTE BANDIDO, CON ESTE CARETA!







iukki, onna

LEYENDA JAPONESA

EN una aldea de la provincia Musashi vivían dos leñadores, Mosaku y Minokishi. El primero era un anciano y el segundo tenía sólo dieciocho años de edad.

Los dos hombres solían ir diariamente al bosque, que distaba cinco millas de su aldehuela, para cortar leña. Por el camino tenían que cruzar un río muy ancho, efectuando la travesía en una balsa, pues todos los puentes que se construían en este lugar, se derrumbaban infaliblemente por la poderosa corriente del río.

Una noche de invierno, al volver del bosque, Mosaku y Minokishi fueron sorprendidos por una tormenta de nieve. A duras penas llegaron hasta el río y... cuán no sería su pena al advertir la balsa en la orilla opuesta de éste. El tiempo no era propicio, que digamos, para cruzar la corriente a nado y nuestros leñadores no tuvieron más remedio que cobijarse en la cabaña del balsero, considerándose dichosos por haber encontrado un lugar donde guarecerse y resguardarse de la tormenta. En la choza no había brasero y era ésta de dimensiones tan reducidas, que ni siquiera había lugar para encender una hoguera. Los hombres cerraron la puerta y se acostaron en el suelo, cubriéndose con sus capas delgadas y tiritando de frío.

El viejo quedó dormido casi en seguida, mientras que el joven pasó un largo rato sin poder conciliar el sueño, prestando el oído a los aullidos del viento y al continuo roce de la nieve contra la puerta. El río bramaba y rugía y la humilde cabaña se balanceaba chirriando, como un bote en el mar. El frío se volvía siempre más intenso y Minokishi temblaba acurrucado debajo de sus harapos. Por fin el cansancio pudo más que él y el joven fué vencido por el sueño.

En una aldea de la provincia de Musahshin, vivían dos leñadores, un anciano y el otro muy joven

■ ◉ ■

Una noche cuando los chicos estaban durmiendo, Minokishi observaba en silencio a O-Iuki que cosía alumbrada por una lámpara puesta sobre la mesa. El leñador dijo: "Al verte así, con el rostro iluminado, me acuerdo de un caso extraño que me ocurrió cuando yo tenía diez y ocho años"

■ ◉ ■

LA COMPASION

A medianoche, el muchacho se despertó aterido. Con gran asombro suyo vió la puerta de la choza abierta de par en par. Una mujer vestida de blanco estaba inclinada sobre Mosaku y le soplaba en la cara; su aliento se parecía al humo blanco. Minokishi la contemplaba con los ojos desmesuradamente abiertos. En aquel preciso momento la desconocida se incorporó y se le acercó despacio.

El joven quedó petrificado, sin poder articular palabra ni gritar. La mujer blanca se inclinó hacia él y entonces el leñador pudo cerciorarse de que era muy hermosa, a pesar de la cruel expresión de sus ojos. Después de mirar fijamente a Minokishi, por espacio de un momento, la bella le dijo sonriendo:

—Tenía intención de proceder contigo del mismo modo como lo hice con el anciano, pero siento que tu juventud me inspira compasión. Eres un buen mozo, Minokishi, y por eso no te causaré ningún daño. Pero si en tu vida llegas a contar a alguien, aunque sea a tu propia madre, lo que acabas de ver, me enteraré de ello en el acto y te quitaré la vida... Acuérdate de lo que te digo.

Con estas palabras la mujer blanca desapareció como por encanto.

Recién entonces el joven volvió a sentirse dueño de sus facultades, plantóse de un salto y echó una mirada escrutadora alrededor suyo. A través de la puerta abierta penetraban en el interior de la cabaña las ráfagas del viento helado que llevaban abundantes copos de nieve. Minokishi cerró la puerta, atrancándola con unos cuantos pedazos de leña mientras meditaba sobre su reciente visión, dudando si no había entrevisto en su sueño la encantadora mujer blanca. El joven llamó a grandes voces a Mosaku, pero no obtuvo respuesta. Presa de vivo terror empezó a buscarlo a tientas en la oscuridad y cuando por fin dió con el cuerpo del anciano, lo encontró helado... El pobre estaba muerto...

Hacia la madrugada la tormenta amainó. El balsero volvió a su cabaña y encontró allí a Minokishi que yacía desmayado al lado del cadáver de Mosaku. Gracias al auxilio que le prestó el hombre, el joven volvió en sí, pero se enfermó gravemente, como consecuencia del terror que le ocasionó la muerte de su viejo compañero. Cumpliendo al pie de la letra la orden de la mujer blanca, jamás relató a nadie su encuentro nocturno con ella.

UN ENCUENTRO

Una vez restablecida su salud, Minokishi empezó a ocuparse de nuevo de su oficio. Todas las mañanas iba solo al bosque y todas las noches volvía de allí cargado de leña, que su madre vendía al día siguiente en el pueblo.

Una noche de invierno, yendo de vuelta a su casa, el leñador se encontró con una joven que seguía el mismo camino. Era una muchacha esbelta y hermosa que contestó al saludo de Minokishi con una voz sonora y agradable como la canción de un pájaro. Los jóvenes entablaron una conversación. La desconocida dijo a Minokishi que se llamaba O-Iuki (*), que recién se quedó huérfana de padre y madre y que se dirigía a Iodo, a casa de unos parientes suyos, que podrían ayudarle a emplearse como sirvienta.

El leñador, encantado por la joven, preguntóla si no estaba comprometida, a lo que O-Iuki contestó negativamente. Luego, a su vez, le preguntó si no estaba casado. Minokishi replicó que tenía la obligación de mantener a su madre, viuda, y que, por otra parte, la cuestión acerca de la "venerable nuera" aún no se había tratado en su familia, por ser él muy joven todavía.

Este coloquio fué seguido por un prolongado silencio. Pero... el refrán dice que "cuando existe el deseo, los ojos pueden decir tanto como la boca".

Por el camino la mutua simpatía entre los jóvenes iba en aumento y al llegar a su aldea natal Minokishi propuso a O-Iuki entrar a su casa para tomar un descanso. La muchacha, algo intimidada e indecisa, aceptó, sin embargo, su invitación.

LOS DIEZ HIJOS

La madre del leñador le dispuso una cordial acogida. La anciana amó a primera vista a O-Iuki y le pidió que postergase su viaje a Iodo. La joven consintió. Al cabo de un tiempo, naturalmente, no abandonó más la casa hospitalaria y quedó en ella en calidad de la "venerable nuera".

O-Iuki fué muy amada por su marido y por la anciana madre de éste. Las últimas palabras de aquélla en su lecho mortuorio consistían en la alabanza a la esposa de su hijo.

La joven dió a luz diez hijos, todos de tez blanca. O-Iuki infundía respeto y admiración a los habitantes de la aldea que la consideraban una mujer sobrenatural. La mayor parte de las campesinas japonesas envejecen muy pronto. En cuanto a O-Iuki, aún después de haber tenido diez hijos, permanecía siempre tan joven y fresca como el día de su llegada al pueblo.

Una noche, cuando los chicos estaban durmiendo, Minokishi observaba en silencio a O-Iuki que cosía, alumbrada por una lámpara puesta sobre la mesa. De pronto el leñador dijo:

—Al verte así, con el rostro iluminado, me acuerdo de un caso extraño que me había pasado cuando tenía diez y ocho años de edad. He visto a una mujer tan blanca y hermosa como tú... sí, por cierto, era muy parecida a ti.

—Cuéntame cómo sucedió aquéllo — pidió O-Iuki, sin alzar la vista de su labor. — ¿Dónde has visto a la mujer.

LOS RELATOS

Entonces Minokishi le relató los incidentes de la horrible noche pasada por él en la cabaña del balsero; describió la silenciosa muerte de su viejo compañero y repitió las palabras que le dijera la Mujer Blanca, en voz queda y sonriendo, mientras se inclinaba sobre su lecho.

—No sé si dormía o estaba despierto — agregó el leñador, — pero lo cierto es que aquella era la única vez en mi vida cuando llegué a ver a un ser tan bello como tú. Me inspiró un miedo atroz, pero... era tan hermosa y blanca... En realidad nunca supe con seguridad si aquel encuentro era un sueño mío o una visión de la Mujer de la Nieve.

HUYO LA ESPOSA

O-Iuki se puso de pie con un movimiento brusco, se acercó a su marido y le dijo en voz alta y en tono amenazador:

—He sido yo... Ha sido Iukki-Onna... Acuérdate que aquella noche te advertí que te iba a quitar la vida si llegabas a relatar a alguien el suceso... Por amor a nuestros hijos no te mataré en seguida. Pero, cuídalos muy bien, pues si algún día llegan a quejarse de tu trato, procederé contigo con toda la severidad que mereces...

A medida que hablaba O-Iuki, su voz se volvía siempre más fina, llegando por fin a asemejarse al silbido del viento. Su cuerpo, convertido paulatinamente en un humo blanco, subió al techo y desapareció volando por la chimenea.

Desde entonces nadie jamás volvió a ver a la bella O-Iuki.

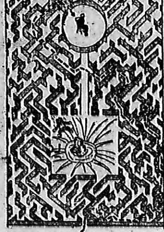
(*) Este nombre significa la nieve y es muy común en el Imperio Japonés.

Ilustró PREMIANI

Traducida por

R. L. DE DORFMAN

Soluciones de Puzzles Publicados el Día 14

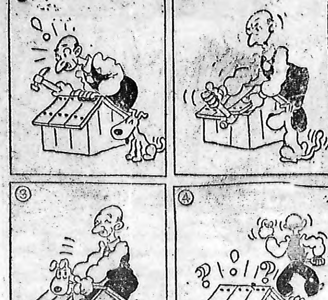


Puzzle titulado: ¿Pueden salvar a la muchacha secuestrada?



Puzzle titulado: ¿Por dónde es el camino más corto a la casita?

EL UNICO OLVIDO



Por BURTIS

Rübezahl Regala Oro



Rübezahl, les dijo: "No tendrán más miseria"

Un día dos mendigos atravesaban a pie las montañas, conversando acerca de su situación precaria.

De pronto vieron a lo lejos un carruaje lujoso, con alabarderos, seguido por lacayos. Los vagabundos creyeron que el dueño del coche debía ser un señor rico que, tal vez, tuviera deseos de darles una limosna. Por eso corrieron al encuentro del vehículo, quejándose de su miseria con voces plañideras.

Entonces del interior del coche salió un señor lujosamente ataviado, que cortó con su cuchillo dos bastones de los arbustos que crecían a la vera del camino, regalándolos a los mendigos.

—Por esta vez — dijo — conténtese con eso; ya llegará la época en que no pasarán más miseria.

Los hombres aceptaron los bastones, sin atreverse a rechazar los míseros regalos, en parte debido al aspecto pomposo del caballero; en parte por temor a los alabarderos.

Entretanto el poderoso señor (que no era otro que Rübezahl volvió a subir al carruaje, poniendo los caballos al galope.

Los dos mendigos desilusionados, quedaron en el medio de la carretera. Por fin uno arrojó lejos de sí el bastón, diciendo:

—¿Para qué quiero este palo? Valiente regalo de un señor tan rico... Podría habernos dado algo de más valor que eso. Un simple palo puedo cortarme yo también de un arbusto.

—¿Por qué te enojas tanto, hermano? — replicó el otro. En cuanto a mí, voy a guardar este bastón. ¿Quién sabe para qué puede servirme algún día? Lo voy a conservar, aunque más no fuera para poder decir que lo obtuve de las propias manos de un poderoso señor.

Los dos prosiguieron su camino, entregados a sus cavilaciones, mientras bajaban la montaña.

Una vez en la planta de ésta, el mendigo que había guardado el bastón regalado por Rübezahl se dió cuenta de que éste se había convertido en oro puro.

Al ver este fenómeno, el otro pordiosero le exigió la mitad del tesoro.

—No, — contestó el primero. — Has merecido tu castigo por ser zonzo. ¿Por qué has tirado tu palo? Si no lo hubieras hecho ahora hubieses tenido tanto oro como yo.

El mendigo, desesperado, volvió sobre sus pasos para buscar el bastón que en un momento de irreflexión había arrojado en el camino. Todo fué en vano; no se encontró ni rastros de aquél, a pesar de la búsqueda desesperada del hombre.

Solución del puzzle titulado:



"Linda pareja de gansos"

☆ ★ ☆

Solución del puzzle titulado: "Siete son los errores"

1 — Los zapatos no son iguales
2 — Una pata de la silla no existe
3 — Un marco está sin fotografía
4 — La tapa del libro está al revés
5 — La alfombra no tiene los flecos completos
6 — El cordón de la lámpara eléctrica es excesivamente corto
7 — La pata de la mesita es incompleta

¿Quién Asustó al Dormilón?



TRACESE con un lápiz una línea que vaya del 1 al 2, al 3, y así sucesivamente hasta el último número, y se habrá diseñado entonces la figura que ha asustado al dormilón. ¿Qué será?